

LOS AMORES

DE UN

PRESIDENTE

NARRACION CONTEMPORANEA

OCTAVO MILLAR

Precio : 0,50 centavos

BUENOS AIRES

PEDRO IRUME, EDITOR

165 -- PERU -- 165

LOS AMORES

DE UN

PRESIDENTE

NARRACION CONTEMPORANEA

OCTAVO MILLAR

BUENOS AIRES

PEDRO IRUME, EDITOR

165 — PERÚ — 165

ADVERTENCIA IMPRESCINDIBLE

Esto no es una novela, ni por su esencia ni por su forma: es simplemente la narracion de un hecho palpitante, completamente histórico, ocurrido en una república de América.

Vergüenza da ocupar el trabajo honrado del tipógrafo en fijar sobre el papel las miserias de la vida escandalosa de un gobernante indigno; pero los actos de los hombres públicos, por personales que sean, no se deben eximir de ser públicos tambien: los destinos de un pueblo penden de él, y ese pueblo tiene el derecho de saber y de juzgar si aquel á quien ha encargado de su representacion, aquel que es en un hombre todo él ante los otros pueblos, es digno de ese honor, no prestando su conducta á los tristes comentarios del ludibrio. Los gobernantes no tienen el privilegio de los ciudadanos oscuros, para poder encerrarse en la esfera reducida del hogar.

El primer magistrado de un país, aquel que las leyes designan para ser con respecto á sus gobernados lo que un padre es á sus hijos— su director, su educador, su alma— tiene que principiar por ser buen padre en su hogar. La Patria no debe ser para él más que un aumentativo de éste, un hogar grande.

No hay hombres buenos afuera cuando son malos adentro. El hombre no es doble; es uno solo siempre: la vida pública y

la vida privada son en él dos manifestaciones diferentes, pero reflejos de un carácter mismo; distinto escenario, pero igual actor.

• El vicio del gobernante tiene más trascendencia que el del simple ciudadano. Las liviandades de éste, pueden ó no afectar los intereses de una familia: las de aquél, afectan siempre los de un pueblo entero.

No haya, pues, paliativos ni escrúpulos ni respetos, para presentar á la pública vindicta en su impura desnudez, al militarillo oscuro, que á su vez no los ha tenido para nada ni para nadie en su país, haciendo en un desgobierno pretoriano continuo escarnjo y mofa de leyes y sociedad!

¡Ah! ¡siquiera alguna de estas páginas lograra hacer subir los colores del rubor al rostro de los hijos de ese pueblo, en otro tiempo bravo y generoso, hoy débil y sumiso, que sufre el yugo de la tiranía con la paciencia estúpida del buey!

I

LA GARGANTILLA

Todas las tardes la Precieux, al volver del ensayo, acertaba el paso un momento ante el escaparate de la Joyería de Cassanale, y dirigía una mirada hambrienta á una hermosa gargantilla de brillantes que allí resplandecía.

Ya de tanto mirarla, la tenia como impresa en la memoria; sabia una por una el número de sus piedras; y aún sin verlas, aún estando léjos de ellas, las veía: de tal modo la luz que destellaban habia quedado adherida á la retina de sus ojos.

Por eso, cuando pasaba ante el escaparate, acertaba un poco el paso, y daba un breve suspiro, y proseguía.

Pero aquel día, al dirigirle la mirada de costumbre, no fué dueña de exhalar un leve grito. La gargantilla ya no estaba allí.

Mil temores la asediaron. Las sospechas que hacia

días le estaban quemando á fuego lento el alma, empezaron á tomar en ella proporciones de realidades, y la imaginación acalorada abandonóse á sus impulsos ciegos.

¿Si sería cierto lo que se susurraba de que él la abandonaba por la otra? ¿Tan pronto iba á acabar el reinado de su favoritismo? ¿La lluvia de los obsequios iba á dejar de caer?

Porque no era precisamente el amor de él lo que la preocupaba. No era ella mujer de tales niñerías. Lo que la preocupaba era perder el fruto de un amor tan productivo, que la hacía nadar en oro; era sentirse herida en su vanidad de mujer al verse desdenada por el amor de otra.

Pero la esperanza es como el ahogado: siempre alarga una mano para asirse, aunque sea del vacío. Hubo un momento en que la Precieux se dijo:

— ¡Quién sabe! Puede ser que á mi vuelta al hotel me encuentre con la gargantilla allí.

Y apresuró el paso de una manera febril.



La deseada joya había sido avaluada en doce mil nacionales.

Los valía. El brillo de sus piedras era límpido, su tallado correctísimo, su conjunto encantador.

Nadie en la ciudad, dada la crisis que sufren hoy

allí todas las fortunas, podía permitirse el lujo de comprarla: tiempo hacia que brillaba inmóvil en la vidriera, siendo la desesperación de todas las mujeres, que hubieran deseado ver quebrarse en su garganta los cambiantes de su luz.

¿Nadie he dicho?... No recordaba que hay en aquel desgraciado país quien se ceba en el bolsillo de los otros, como el ave de rapiña en el flanco de la presa; que hay quien tiene festines de Heliogábalo, cuando todos se arrastran en el estercolero de Job, abrumados bajo el peso del dolor y la miseria!

Las viudas y los huérfanos de los servidores de la patria bien pueden morir de hambre, esperando el pago de un sueldo que no llegará nunca, pero el General Maximino, tiene como pagar la caricia de una artista con su prodigalidad de imbécil no acostumbrado á conocer el valor del oro.

*
* *

La Precieux llegó al hotel agitadaísima.

—¿No me han traído nada?—preguntó á su camarera.

—Sí, señora: una carta.

—No te pregunto eso—observó con mal humor—
Algún obsequio....

—No, señora.

—A ver esa carta.

La camarera se la alcanzó.

Era de su colega la Beloffini, y decía así:

Querida:

Desearía que vinieses á comer conmigo. Tengo que hacerte algunas confidencias.

Tuya,

EMILIA.

— ¡Confidencias! . . . ¡A mí! . . . — se dijo la Precieux. — ¿De cuando á acá?

Y en efecto: aquella invitacion era en extremo extraña. Hermosas las dos y artistas, tenian doble motivo para odiarse. Y así era: no podian verse. Cuando la Precieux con su cara deslabada ó algun movimiento obsceno arrancaba algun aplauso, la Beloffini se mordía los labios hasta sacarse sangre: cuando la Beloffini daba una nota dulce ó sobresalia en una acción dramática, siendo aplaudida á su vez, la Precieux se revolvía en su asiento; relumbrándole en los ojos la cólera y la envidia.

Y luego, otra cosa de más bulto se habia atravesado entre ellas: el amor de un hombre; y no de un hombre como cualquiera otro, sino de uno que era el primero entre los suyos, del Presidente de una República nada ménos, Presidente que era en ella, por obra y gracia del sable, dueño de *vidas y haciendas*.

¿Que se habia atravesado el amor dije?... Debi decir el dinero, porque ese hombre era el General Maximino.

*
* * *

Si, el General Maximino. El poder absoluto y arbitrario y la posesion del oro en abundancia, han fomentado en él el desarrollo de cuantas malas pasiones pueden albergarse en alma humana, malas pasiones todas que cuando ménos en gérmen trajo al mundo. Cuanto más oro tiene, más desea, y como puede obtener el que no soñó jamas cuando enarbolando un látigo arreaba sus mulas de carrero, lo derrocha en satisfacer los más mínimos caprichos de cualquier ramera de entretelones.

Tiene empresarios condescendientes que se trasladan á Europa para traerle sus instrumentos de placer; y el Estado es quien premia la comision indigna de esos traficantes, pues su primer magistrado les concede valiosas subvenciones por cuenta del Erario!

Podrán ser malas ó no las artistas que le traigan —poco importa—: lo esencial es que sean hermosas, que tengan buenas formas, y sepan salir de pajes á las tablas con gestos y movimientos incitantes.

¡Qué triunfos para él, cuando ve salir de ese modo

á sus queridas, y puede desde el fondo de un palco *avancé*—donde rodeado de algunos compadritos, improvisados de la noche á la mañana en personajes, está *tomando mate* (*)—hacerles señas de intimidación y decirles al vuelo, cuando ellas se aproximan cantando para el público y sonriéndole á él de soslayo, alguna que otra chuscada de cuartel, que sus seides le festejan asombrados de su gracia!

Y el pueblo en el silencio sufre y llora, ó estupefacto ya por el dolor, como la oveja que mira sin quejarse llevar su hijo á la muerte, mira ya con indiferencia, casi como acostumbrado á cosa natural, como se llevan el dinero de sus contribuciones para invertirlo en joyas valiosísimas, que pasan de las manos de ese militarillo á lucir en los encantos mercenarios de aquellas aventureras descaradas!

(*) *Rigurosamente cierto.*

II

LA GARGANTILLA

(Continuacion)

La Precieux dirigióse al hotel donde estaba la Beloffini.

Al pisar el umbral de la habitacion de ésta, detúvose un instante. Su amiga, de espaldas á la puerta, cantaba alegremente peinándose al espejo.

Nunca la habia visto tan hermosa: estaba verdaderamente deslumbrante de gracia y de belleza; y habia en su fisonomía tal expresion de júbilo, que la Precieux sintió dentro de sí esa opresion de angustia que se experimenta cuando el reptil de la envidia muerde el corazon. Y no sabia por qué, pero sentíase presa de una inquietud desesperante.

—Entra. ¿Qué tienes?—dijo la Beloffini, parando de cantar y volviéndose á la puerta.

La Precieux avanzó.

—Pero ¿qué tienes?—repitió la otra—¿Estás enferma?.... Te noto palidísima.

—Es que estoy muy agitada—repuso la Precieux rompiendo á hablar.—He caminado mucho.

Sentáronse. Durante largo rato la conversacion de las dos artistas rodó sobre el tema general entre la gente de su especie: las intriguillas de bastidores.

El teatro era un conventillo... por no decir una casa de recreo, y el empresario no era más que un capataz... por no decir otra cosa. Aquello era asqueroso. Poco faltaba para que ellas se persignasen al acordarse de tanta corrupcion.

Y hablaban, y hablaban sin cesar, y sus chismes á nadie perdonaban: desde el primer actor hasta la última corista, todos fueron recorridos: los hombres eran unos cabrones y las mujeres unas arrastradas: sólo ellas eran personas decentes, nadie más.

¡Qué desgracia la de tener que cantar para vivir, viéndose en contacto diario con tan innoble gentuza!

*
* *

La Precieux, sin embargo, no habia afilado su lengua tanto como otras veces: estaba algo preocupada, y deseando entrar en el tema objeto de la visita.

Ya várias veces habia querido hacerlo, pero la Beloffini la habia interrumpido, volviendo á la conversacion abandonada y haciéndose la que no se

acordaba de la carta, como si se gozara en mantenerla en aquella crisis de curiosidad.

—¿Y qué era lo que tenias que contarme?— volvió á insistir la Precieux en una pausa propicia, siendo ya la cuarta ó quinta vez que lo hacia.

Esta vez la Beloffini no tenia salida: la pregunta llenó un blanco entero de la conversacion.

—¿Lo que tenia que contarte?... ¡ Ah, sí! No me acordaba de que te habia llamado con un objeto determinado.

— Veamos.

— Quería mostrarte un regalo que me han hecho.

—¿Quién?

—¡ Oh! Ya verás. Vamos por partes.

Y el rostro de la Beloffini se animó con una sonrisa tan extraña, que la Precieux sintió, aunque sin darse cuenta aún bien del hecho real, avanzar y crecer en su mente la sospecha, á manera de una sombra que conforme adelanta va agrandándose.

La Beloffini, sin dejar de sonreir del mismo modo, y procediendo con una calma calculada en todos sus movimientos, alargó el brazo hácia una cómoda situada allí á su alcance, y tiró de uno de sus cajones perezosamente. Este, como si fuera cosa de complot, se adheria al amazon como haciendo resistencia para no asomarse afuera.

La Precieux, sin moverse y en silencio, seguia ansiosamente con los ojos todos los movimientos de la otra.

Por fin el cajon, despues de haber opuesto algu-

nos chirridos como protesta á la violacion que se le hacia, dejó ver su hueco en cantidad suficiente para entrar la mano.

La Beloffini sacó de él un estuche, y despacio, muy despacio, levantó la tapa.

Antes de que ésta hubiera quedado descubierta, ya la Precieux sabia cuál era el contenido, ya en ella la sospecha se habia anticipado al hecho adivinándolo, ya el velo que ocultara la verdad se habia descorrido ante su espíritu.

—¿Qué te parece?—le preguntó su amiga, mostrándole la gargantilla de brillantes, aquella gargantilla por cuya posesion tanto habia suspirado, aquella que tantas veces en sus sueños habia ceñido á su cuello con una especie de placer sensual.

Trémula, muda, pálida, la Precieux contemplaba á su rival, crispando ya las manos con deseos de arañarla.

La Beloffini, haciéndose la que no habia notado su emocion, se habia dado vuelta para mirarse al espejo, y con una admirable sangre fria, serena y sonriente, se acomodaba coquetamente la lujosa alhaja en su garganta esbelta, imitando á *Margarita* y cantando á plena voz el *Aria de las Joyas*.

La Precieux la hubiera deshecho, la hubiera pulverizado, la hubiera asesinado pedazo por pedazo; pero aquella sangre fria la imponía; y la cólera, que henchía su alma con la tirantez que el exceso de vapor un globo, no encontrando en ninguna manifestacion una válvula para desahogarse, la sofocaba,

la paralizaba, la tenia como autómata, clavada en un mismo sitio, sin mover ni los párpados siquiera.

—¿Quieres probártela tú, á ver cómo te queda?— le dijo la Beloffini, cesando de cantar, al mismo tiempo que se volvía hácia ella con perfecta calma y desprendia la joya de su cuello.

Ante aquella nueva humillacion, su rabia comprimida desbordóse al fin, y con voz enronquecida, que no sólo no era femenina sino que ni aun humana, avanzó hasta ponerle los puños en los ojos, y le dijo ferozmente:

—¡Ramera!.....

Y el insultante mote rodó envuelto en una escupida que bañó de baba el rostro de la Beloffini.

Esta exhaló un grito horrible, y tras el grito, profiriendo las palabras más soeces, sus manos, prendiéndose del cabello de la Precieux, la empujaron á zamarrear á un lado y á otro.

La Precieux no quiso ser ménos, y trenzáronse.

Convertidas en fieras por la cólera, daban agudos chillidos, arañábanse la cara, arrancábanse el cabello, hasta que al fin, ya las fuerzas agotadas, fueron á caer rodando por la alfombra con el vestido en desórden y en girones.

En este momento oyéronse pasos en el corredor, la puerta del cuarto abrióse, y extático de sorpresa, el General Maximino contempló este cuadro.

—¡Oh! ¿qué es esto?—exclamó.

Las combatientes, al oír su voz, se destrenzaron levantándose del suelo y vacilando con ese aturdi-

miento que sucede á los grandes accesos de furor.

El General, pasada la primera impresion de asombro, sintió una fresca onda de satisfaccion que le bañaba el alma como un agua perfumada: todo lo comprendió: aquellas mujeres se lo estaban disputando.

¡Oh! ¡qué dicha la suya de haber podido enloquecer hasta ese extremo dos hermosas!

Pero era preciso ser compasivo, era preciso no ahorrar una palabra de consuelo, ya que en su mano estaba el prodigarlo.

Y empleando frases melosas, y emitiendo los sonidos de su voz en el tono más dulce y persuasivo que encontró en el repertorio de sus seducciones, trató de conciliarlas, procurando convencerlas de lo íntimo de su pena al verse causa de aquella disension entre dos amigas antiguas.

Las dos mujeres, aturdidas aún y doloridas con los golpes que se habian menudeado, lo oian vagamente, de una manera inconsciente, arreglándose la ropa y el cabello.

El General Maximino estaba haciendo el papel más ridículo del mundo. Convencido de que era idolatrado, les hablaba á las dos con tierno acento, para emplear en sentido de calmarlas, la influencia de que se creia poseedor sobre ellas.

—Si es que me quieren, háganlo por mí! . . . Vaya: déñse la mano, y olvídense de pavadas! Yo seré para las dos el mismo hombre: mi corazon es grande: ustedes dos caben en él.

La Precieux, áun con la sangre del furor agolpáda en las mejillas, pero repuesta ya de su atolondramiento, lo miró fijamente al oírle estas palabras, y haciendo con los labios un soberano gesto de desden, y midiéndolo de arriba á abajo con la vista, dirigióse hácia la puerta con paso majestuoso. Al llegar allí detúvose, volvió á mirarlo, dando ahora á su semblante una expresion de profunda compasion, y moviendo la cabeza á un lado y otro, murmuró:

— ¡Qué hombre estúpido!

III

UNA MIRADA RETROSPECTIVA

Tres meses ántes de esto, hallándose en Milan la Beloffini, una tarde habia entrado apresuradamente en la casa que habitaba á inmediaciones del Teatro de la Scala.

Sorprendida quedóse al encontrar ya á su amante allí, siendo así que nunca venia ántes de la noche.

—¿Cómo es eso, tan temprano?

—Sí—repuso el jóven, que jóven era y de arrogante aspecto.—Estaba inquieto por darte una noticia, y he hecho una escapatoria de la fábrica.

—Pues yo tengo que darte una muy mala.

—¿Cuál?

—Ya no me contratan, como pensaban, para *Il Paradiso*. Han tomado en vez de mí á la Barilari, sin duda porque ésta se habrá dado á probar en todos sentidos para que la encontraran mejor. ¡Es una vergüenza! Andan ofreciéndose como costureras, y prestándose á todo lo que les exigen.....

—Pues lo que yo tengo que decirte.

La Beloffini siguió sin escucharlo, sacándose el sombrero nerviosamente:

—Sí, y como yo no soy como esas, me salieron proponiendo un contrato para América. . . .

—¿Un contrato para América?—interrumpiéndola el jóven.—¿Y. . . .no aceptaste?

—¡Claro que no! ¿Querrias que me separara de tí entónces?

—No; pero tienes que aceptar.

—¡Cómo!. . . .

Y la Beloffini dió un paso atrás, dolorosamente sorprendida del consejo de su amante.

—Yo no quiero que tú te separes de mí, pero yo puedo acompañarte.

—¿Tú?. . . .¿Y tu trabajo?. . . .Ahora que recién te han interesado en la fábrica. . . .

—Pues, por eso mismo: y esa es la buena noticia que yo tenia que comunicarte: el señor Robeglio me manda en comision á América, y yo venia á proponerte que me acompañaras. Pero ya que puedes ir contratada, será mucho mejor. Deja no más, que en cuanto yo sea socio en vez de interesado, esto se acabará y dejarás el teatro.

La Beloffini hizo una leve mueca de disconformidad al escuchar esto último; quiso protestar, pero se calló por prudencia: no habia necesidad de anticiparse á discutir cosas que en todo caso estaban muy lejanas.

¡Dejar el teatro!. . . . Sólo los artistas bastardos lo

hacen. Los que son de pura sangre, se morirán de hambre, vagarán de pueblo en pueblo, descenderán hasta el café cantante, renoverán las peregrinaciones del cómico de la legua en la Edad Media; pero renegar del arte, dejar aplausos, gritos, bambalinas, músicas y flores, y hasta aún silbidos y noches sin entrada, por la monótona vida del hogar, tranquila y sin rumores, aunque se tenga una comodidad para cada exigencia de la poltronería... ¡imposible! El artista es como el militar: desde que lo bautiza la primera pólvora,—el aplauso del debut,—ya queda artista para toda la vida, y no pierde jamás ese carácter. Veterano del arte, relegado á la miseria por la inconstancia del mundo, que castiga en él la decadencia de su garganta como un crimen, andará como el inválido refiriendo sus campañas ó pidiendo la limosna de un aplauso en la función del teatracho de provincia, pero nunca maldecirá de su vocación, y aún en sus noches más crudas de pobreza, será para él más sabroso el recuerdo de las noches de sus tirunfos, que el mismo pan que lleve á su boca abierta de hambre!

*
* *

La Beloffini volvió á ponerse el sombrero, para volver á la Agencia Teatral (*) y aceptar el contrato rechazado.

(*) Casas que se ocupan de contratar artistas mediante una doble comision que perciben por parte de estos y de los empresarios.

El jóven salió tambien y la acompañó hasta cerca de la Agencia; dejándola para dirigirse al escritorio.

Pocos dias después venian en direccion á América á bordo de un trasatlántico.

Augusto Ponti (este era el nombre del jóven) era empleado de una gran fábrica de Milan. Esta acababa de recibir noticias de una quiebra en Rio Janeiro que abría una gran brecha en su caja, y enviaba en él á uno de sus dependientes principales para representarla en el concurso, pudiendo así vigilar sus intereses bien de cerca.

Augusto habia calculado que los tres meses de invierno que duraria la temporada lirica de su querida, equivaldrian más ó ménos al tiempo que él necesitaba para ventilar su asunto.

No iban á un mismo país: él iba al Brasil, pero harian juntos el viaje de ida y vuelta; y además estarían cerca uno de otro; no los separaria la distancia de un océano, como hubiera sucedido quedando uno en Europa.

Cruzaron el Atlántico, desembarcóse Augusto en Rio Janeiro, y la Beloffini siguió viaje hasta desembarcar á su vez en la Capital del General Maximino.

—Ya sabes—le habia dicho ella al despedirse en Rio:—si tú acabas primero, me vas á buscar: sino, yo seré la que vendré á unirme contigo en cuanto la temporada se concluya. Adios. Escribeme á menudo. Yo lo haré todos los dias.

Y un abrazo y una lágrima dieron punto final á la escena.

*
* * *

La mujer viciosa, por más que quiera á un hombre, nunca tiene la fortaleza de la mujer decente para serle fiel, si acaso hay que luchar contra grandes obstáculos ó grandes seducciones. El General Maximino, dejando poco á poco de lado á la Precieux, empezó á festejar á la Beloffini, y ésta, no hallando argumentos que oponer á los irresistibles argumentos de él, que se traducían en regalos valiosísimos, se dejó convencer, y le abrió los brazos: el General Maximino *fué amado*.

Y no se crea por eso que la Beloffini hubiera dejado de querer á Augusto, y aún de quererlo mucho, sino que, acostumbrada á cosas mayores, aquella le parecía una calaverada leve. Luego, era tan provechosa, que bien merecía disculpa.

El General Maximino fué feliz. Si no hubiera sido por las continuas exacciones que imponía al Erario Público para invertir las en presentes regios, y por alguna que otra paliza á algún periodista independiente que había osado indignarse de que la Patria estuviera gobernada así, á la manera de una satrapía de la edad antigua, y por alguna que otra misteriosa desaparición de algún ciudadano incómodo á la realización de cualquier fin político, y en fin, por cua-

renta mil barbaridades diarias en la administracion, que iban derrumbando el crédito público á un abismo sin límites ni fin, — sino hubiera sido por esas bagatelas, casi podria decirse que hasta buen gobernante se habia hecho : de tal modo la onda del amor al bañar su corazon, lo habia humanizado, quitándole gran parte de su salvaje aspereza primitiva.

Él mismo se desconocia. Cuando arrodillado á los piés de su adorada le juraba plata eterna, soñando con alguna nueva contribucion para satisfacer sus concupiscencias de mono, hubiera sido capaz de no dar una pateadura á un soldado que por distraccion hubiera pasado al lado suyo sin hacerle la vénia de ordenanza, quizá hasta no le hubiera roto el alma á un corresponsal telegráfico que hubiese asegurado que su mujer no estaba muy conforme con aquellos galanteos.

La Beloffini principi6 á marearse: poco á poco, hasta su amor por Augusto fué desgastándose en ella. No por eso le tenia el menor afecto á su pródigo General. Pero al pensar en que el otro volvería á recobrarla, para alejarla de aquel mar de oro, se resistia á dejarse vencer por su cariño, y se decia á sí misma que era bueno ser constante, pero que tambien debia pensar en el futuro, que ni los amantes ni la hermosura eran eternos, y que era muy conveniente ponerse á tiempo al abrigo para cuando el invierno de la vejez se aproximase.

IV

CONVERSION DE UN OTELO

Una tarde. . . . El teatro estaba á media luz : vagas y soñolientas claridades, penetrando por las altas claraboyas y ventanas, se mezclaban con la sombra interior del edificio, produciendo una especie de penumbra. De afuera llegaba un monótono rumor de lluvia, y hacia un frio polar.* Los artistas vagaban por entre bastidores arrebuados en sus ropas, conversando y caminando, á la espera de su turno. Dos ó tres de ellos, con papeles de música en la mano, sentados en el proscenio frente al director de orquesta, ensayaban sus partes á media voz. De cuando en cuando la batuta de éste producía un nervioso golpeteo en el atril en señal de descontento, los instrumentos cortaban sus acordes, anarquizándose en una repentina y extraña desarmonía, y la voz del director, despues de alguna queja y alguna explicacion, pronunciaba el *da capo* de ordenanza dando otra vez comienzo á la tarea.

En medio de los artistas sentados en el proscenio, estaba la Beloffini.

Acababa de ensayar un trozo de su papel, cuando el resonar sobre las tablas de unos pasos precipitados en direccion á ella, le hizo volver la cabeza. Un grito de alegría y un abrazo fueron en ella espontáneos al divisar á Augusto. Pero éste correspondió friamente á sus caricias.

—¿Te falta mucho para concluir?—le dijo.

—No: precisamente en este momento daba fin á mi parte.

—Vámonos: tengo que hablarte.

—¿Pero por quién estás de luto?

En efecto: Augusto venia todo vestido de negro. Ella recién lo notaba.

—Por mi madre.

—¿Cuándo murió?

—Hace ya mes y medio. Dos dias ántes de salir de Rio lo he sabido.

Ella no quiso hacerle más preguntas, y en obsequio á su dolor, varió de conversacion.

Salieron. Un lujoso carruaje que esperaba á una distancia del peristilo del teatro, se aproximó al aparecer la Beloffini.

Augusto, cuya fisonomía traia impresa en todos sus rasgos la expresion de un profundo desagrado, frunció aún más el ceño al ver esto.

—¿Qué! ¿usas carruaje ahora?—le preguntó deteniéndose.

—Sube. Ya te explicaré todo en el hotel.

— Pero.....

— ¡Vamos, te digo!

Y tomándolo del brazo lo hizo subir.

*
* * *

Ya dentro del carruaje, y sin atender á una pregunta de ella sobre lo inesperado de su venida, el jóven sacó un papel de su cartera, y se lo alcanzó diciéndole brevemente:

— Lee.

La Beloffini devoró su contenido en un instante.

Era un anónimo donde se referian á Augusto de pe á pa sus amores con el General Maximino.

— ¡Esto es una infamia!—exclamó—Yo te diré lo que hay. Ya sé de quién es esto: esto no puede ser sino de la Precieux, que me ha tomado un odio que no me puede ver, porque en cuanto vine yo, dejó de ser el chiche mimado del público. Además, el Presidente de este país, que es su querido, me galantea en la misma cara de ella, y aunque yo no le he hecho caso, ella ha querido vengarse de mi supremacia. Pero no es mi amante, no: yo no puedo querer á nadie sino á tí....

Hizo una pausa clavándole los ojos. Augusto estaba pálido, pero permanecía impassible: la tempestad rugiria en el corazon, pero el rostro estaba sereno.

—; Qué! ¿no me crees? ¿Quiere decir que tu amor, ese amor tan decantado, no resiste á una calumnia? Si yo recibo un anónimo en que se me diga que tú ya no me quieres, ¿debo tambien creerlo? Mujer y artista, tú debes comprender que tengo doble motivo para estar expuesta á ser el tema de las malas lenguas; pero tú que me conoces, tú á quien tantas pruebas he dado de un cariño sobrehumano, deberas rechazar indignado esas calumnias. ¿Qué mujer de teatro no es galanteada, y si es hermosa, asediada? Y no se puede uno pelear por eso. Hay que despachar á los importunos que zumban en torno de uno, como yo lo hago, con una sonrisa; pero con una sonrisa de desdeñosa benevolencia: las sonrisas de amor sólo son para tí, mi alma, mi vida!

Y se arrojó en sus brazos sollozando.

El jóven, como si su impasibilidad hubiera sido un sueño, despertó de ella con un sacudimiento: al contacto de su querida, sus nervios vibraron como al de una pila eléctrica.

Ella vió que podia ganar terreno, y pasándole las manos por los cabellos con los dedos temblorosos, le dió un sonoro y prolongado beso, miéntras las lágrimas corrian abundantes del cristal de sus ojos empañados.

—;Tuya, tuya no más!—le repitió—Desde que estamos separados estoy viuda. . . .

El no habló todavía, pero fué débil: devolvióle el beso. Aquella mujer ejercia sobre su naturaleza un dominio irresistible.

El carruaje paró en ese momento. Bajaron. La vista del vehículo renovó en él la idea de los celos, y ya iba á volver á interrogar sobre él á su querida, cuando ésta, que habia seguido su mirada, lo atajó diciéndole:

—Subamos: no voy á ponerme á contarte todo aquí en la calle.

Cuando entraron en sus habitaciones, ella echó la llave á la puerta, y sentándose al lado de Augusto en un sofá, empezó á hablarle así, mientras lo acariciaba de esa manera como distraida, que hace en los diálogos de amor tropezar las palabras en los labios:

—Voy á contarte lo que há sido de mi vida desde que estoy en este país. No te lo he dicho en mis cartas por no alarmarte, y porque me creia bastante fuerte con tu amor y con mí misma para salir bien del paso. Como te dije ántes, el General Maximino, que es el Presidente, como quien dice lo que el rey allá, ó con más propiedad aún, lo que en Turquía el Sultan, se ha enamorado de mí y me asedia de todos modos. Es un hombre de un carácter violentísimo, acostumbrado á que todo el mundo acate su voluntad satisfaciendo sus más mínimos caprichos, y no era cosa de llevarla á sangre y fuego para resistirle. He empleado la astucia, y con mucha diplomacia he logrado dominarlo. No le he concedido nada—te lo juro,—y sin embargo he sacado de él lo que he querido. Ese carruaje en que hemos venido, me ha obligado á aceptarlo porque no quiere que yo ande á

pié, y nada pierdo con hacerle el gusto, y áun creo que es muy cómodo. Sé que algunas apariencias me condenan, y que por ellas muchos creen de buena fé que yo soy su querida, pero no importa, tengo la conciencia limpia, y me rio de lo que la envidia ó la estupidez puedan decir de mí. . . .

La Beloffini habia hecho tales esfuerzos para convencer á su amante, que en su excitacion se habia llegado á convencer á sí misma. En aquel momento se figuraba verdaderamente que todo lo que decia era cierto, y creia tener razon para indignarse de que se la *calumniase*.

Luego, hay que hacerle justicia: la presencia de Augusto habia reavivado en ella su pasion, amortiguada en la ausencia poco á poco, como todo fuego al trascurrir del tiempo; y ya se sentia fuerte para despreciar la seduccion del oro.

Así pues, no hay que extrañarse de que cuando él rompió por fin á hablar para decirle:

—Bueno, todo eso será verdad, lo doy por cierto, pero mañana mismo nos embarcamos para Italia,— Ella le respondiese sin vacilar, más aún, con alegría:

—Sí, mañana mismo.

Pero en seguida se acordó de su contrato: áun faltaban seis funciones para concluir la temporada. Sin embargo, no era ella mujer que se ahogase en tan poca agua; se puso á meditar, y al cabo de un momento todo un plan salvador estaba concebido.

Comunicado que lo hubo á Augusto, éste hizo al-

gunas objeciones, pero al fin acabó por consentir. El mismo se reprochaba su debilidad, pero era tan agradable aquel imperio, era tan dulce aquel dominio absoluto de su querida sobre su corazón, que no deseaba, no podía resistirlo.

Y luego habia otra razon de que él no se daba cuenta, pero que era en este caso la verdadera influencia imperante y decisiva: el contacto de una mujer encanallada, va poco á poco encanallando un hombre, por más noble que sea, como el de la fruta podrida echa á perder la sana. Eso es lo que pasaba por Augusto: inconscientemente, poco á poco, iba perdiendo su orgullosa dignidad, y acabaria por prestarse acaso á lo que él hubiera anatematizado inflexiblemente en otro.

UNA HIJA EJEMPLAR

Oyóse el ruido de un carruaje venido á toda carrera, que se detenía repentinamente en la puerta del hotel.

—Debe de ser él—dijo la Beloffini, aplicando el oído.

Y tomando un pañuelo de manos, se sentó en un sillón, apretándose fuertemente los ojos con los puños.

Augusto se paseaba nervioso de un lado para otro sin decir palabra.

Un rumor de pasos, retumbante y seco, como de hombre que en vez de pié tiene pata, llegó de la escalera, sintióse despues en el corredor, y por último, en la puerta de la habitación.

—¿Se puede entrar?—dijo una voz masculina que se esforzaba por ser almibarada.

—Adelante—respondió la Beloffini con acento de gemido.

El General Maximino dejó ver su vulgar figura recamada de oro, toda llena de alamares y entorchados, que ofrecia, más bien que el de un militar, el aspecto de un ujier de casa real.

Sin duda lo que ménos esperaba seria encontrar á la Beloffini acompañada, porque al ver á Augusto se detuvo, no siendo dueño de reprimir un movimiento de desagrado.

Ella sácóse el pañuelo de los ojos, dejándolos ver turbios é irritados como por un inconsolable llanto, y le dijo con voz trémula y triste, señalándole al jóven:

— Mi hermano, recién llegado.

Y dirigiéndose á Augusto:

— El General Maximino, un amigo de confianza.

Estos se saludaron dándose la mano, y murmurando maquinalmente las palabras de uso.

Sin duda este esfuerzo de serenidad para cumplir con un deber social, habia sido muy grande para ella, porque en seguida, volviendo las manos á los ojos, se desató en un raudal de lágrimas.

— ¿Pero qué hay? — exclamó angustiado el pobre General, girando con sorpresa la vista á un lado y otro.

Entónces se fijó bien en Augusto, que enlutado de piés á cabeza, y con cara de pocos amigos además, presentaba un aspecto más sombrío que un héroe de Echegaray.

En este momento la Beloffini estalló en un ay desgarrador, resollando fuertemente, como si una

válvula del corazón se hubiese abierto después de una opresión muy larga, y ahogada por sollozos, exclamó varias veces: ¡*Madre mia!* ¡*Madre mia!*

El General, respetando la inmensidad de aquel dolor, sentóse en una silla, y acariciándose nerviosamente la pera, se resignó á formar parte del duelo.

La Beloffini dió principio entónces á una especie de monólogo en alta voz, entrecortando sus frases con breves pausas que llenaba de suspiros y gemidos, á manera de puntos suspensivos entre una y otra palabra.

— Todavía era jóven.... Sesenta años no más....
¡Tan fuerte, tan robusta!... ¡Pobre mi madre!...
¡Y morir así!...

— ¿Y cómo murió? — se atrevió el General á preguntar muy despacito á Augusto inclinándose hácia él.

Este se turbó un poco no sabiendo qué decir: estaba disgustado: su papel le repugnaba. La lección que le habia dado su querida iba á ser completamente inútil.

— Murió de.... de....

La suerte que ésta estaba con el oído atento, y acudió en su auxilio.

— Es una enfermedad que aquí no se conoce.... Creo que no tiene nombre en español.... Es terrible: se quedan duras como piedras. ¡Ay, ay, ay!...
¡Pobrecita! las lágrimas la ahogaron.

El General Maximino principió á poner la cara larga, no de sentimiento porque *la vieja hubiera re-*

ventado, como él decía para sí, sino porque al acudir al llamado de la artista, había venido pensando en ser actor de escenas de placer y no espectador de escenas de velorio.

— ¡Yo quiero irme! — gritó la Beloffini con voz desgarradora — ¡Yo quiero abrazar á mi pobre padre! ¡Yo quiero llorar en la tumba de mi madre! ¡Yo quiero irme, yo quiero irme!...

— Pero, Emilia... — se atrevió á objetar el General cariñosamente, llamándola por su nombre de pila como en sus noches de amor.

— ¡Nada, nada! ¡Yo no quiero saber nada! ¡Yo quiero irme! ¡Mañana mismo! ¡Yo quiero llorar en brazos de mi padre!... ¡Pobre mi padre! ¡Paralítico, y sin poder moverse!

— ¡Paralítico!... — repitió como un eco el General.

Y este maldito *paralítico* fué un argumento contundente para él: ¿cómo se iba á oponer á la marcha de aquella hija ejemplar, que queria ir á consolar á un padre enfermo de la muerte de su esposa?... ¡Sólo que no tuviera corazon!

— Se hará como Vd. desea, Emilia — agregó. — Yo sentiré profundamente su separacion, pero veo que es necesaria, y me resigno. Vaya Vd. á consolar á su padre.

— ¡Augusto! — gimió la Beloffini —: dile á la camarera que me traiga éter.

Augusto se levantó pesadamente de la silla, sin duda con tantas ganas de alejarse como de tirarse del balcon á abajo, pero accedió en silencio, y llamó

á la camarera desde el umbral que daba al corredor, sin sacar más que medio cuerpo afuera.

Pero parece que á la maldita se le habia antojado estar en el otro extremo de la casa: no acudia á su llamado. Augusto tuvo que ausentarse de la habitacion para buscarla.

El General entónces se aproximó á consolar á la Beloffini.

*
* *

Cuando Augusto volvió, ya el éter era inútil: ella estaba más conforme, y hasta se notaba cierto aire creciente de apacibilidad en su rostro desfigurado por las lágrimas.

A los pocos instantes el General se despidió y salió.

No bien las ruedas de su carruaje giraron en el pavimento de la calle, la Beloffini se lanzó de un brinco sobre su amante, y abrazándolo y besándolo le dijo alegremente:

— Él va á arreglarlo todo con la Empresa. Mañana nos embarcamos.

Augusto no dijo nada, ni en pro ni en contra, pero... se iba dejando llevar.

¡Ay del que condesciende, ay del que por debilidad de carácter, va cediendo, uno tras otro, á los ruegos de su querida! Mar adentro, mar adentro, una ola tras otra, lo van llevando léjos de la orilla, hasta que por fin ya no hay salvacion posible. Abismos de todos lados: en alguno hay que caer.

VI

SEGUNDO BORDENAVE

Como otros se anegan en placeres para olvidar sus penas, el General Maximino se anegaba en arbitrariedades para olvidar las suyas: otros se dan al vino, él se daba á las palizas; la cuestion era aturdirse, entretenerse, descargar su malhumor en las espaldas de álguien. Nunca se le habia visto tan endemoniado. Por un quitame allá esas pajas, echaba á rodar de palabra, cuando no de puntapié, á cualquier persona que no le cayera en gracia.

¿Cuál podia ser la causa de esta exacerbacion de su ánimo?

Cuando la Beloffini habia partido para Europa, con el fin de cumplir con su deber de hija, le habia prometido estar de vuelta ántes de cuatro meses: éstos habian trascurrido, y ni ella ni la más mínima noticia venian á consolarlo en su viudez.

Una tarde mandó llamar á Segundo Bordenave. Este era su empresário favorito, el encargado de

satisfacer por entónces sus aficiones artistico-amorosas: un perfectísimo tipo de la especie: le faltaba, ó más bien dicho, le sobraba, nada más que una cosa para ser digno guardian de un harem.

Y el General le dijo:

—Amigo Bordenave: yo no puedo vivir sin esa mujer. Es necesario que Vd. vaya á buscármela.

Bordenave se puso á meditar mordiéndose las uñas nerviosamente, como en busca de un recurso salvador. El estaba bien al cabo del por qué de la partida de la artista y del grado de pasion de ésta por Augustó—pasion que él en su positivismo de veterano corredor de amores, calificaba de gran bestialidad—; Mire Vd.! ¡abandonar nada ménos que una proporcion como aquella de hacerse poderosa siendo la favorita del Presidente feudal de una república, por ser fiel á un mequetrefe pobreton que no contaba con más renta que un miserable sueldo en una fábrica! Asi pues, tenia temor de largarse al viejo mundo, y tener que volverse sin la dama, que estaria, á no dudarle, de nueva luna de miel con su doncel.

—No haga cuestion de dinero—agregó el General, creyendo que Bordenave hacia cálculos—Cueste lo que cueste, yo quiero que Vd. me traiga esa mujer.

—Y dígame, General: ¿no querria Vd. más bien volver á conceder su gracia á la Precieux? Es una artista eximia, y está muy cerca, ahí no más, en el Pacifico. Le hago un telegrama hoy, y de aquí á

doce ó quince dias á más tardar, la tenemos por aquí.

— ¡Nó!—respondió secamente el General. Y exaltándose por grados continuó:—Y no sólo no quiero que se la llame, sino que ni aun quiero que venga de *motu proprio*. ¡Canalla! ¿Pues no le mandó ántes de irse una carta á mi mujer contándole de cabo á rabo mis relaciones con ella y con Emilia? ¡Así venga! Que la voy á hacer tusar como un milico y repasar por todo un batallon!

No habia que objetar: Bordenave volvió á morderse las uñas.

— Bueno, yo iré General—dijo por fin—; pero le prevengo que la comision es muy difícil. Si no encuentro á la Beloffini, ó si no quiere venir, desde ya me declaro irresponsable.

Un rato más todavía duró el diálogo, terminando con la promesa del empresario de efectuar el viaje en el paquete que salia al dia siguiente, y otra en cambio por parte del General de concederle una fuerte subvencion adelantada. Bordenave se embarcó repleto de oro, es decir, de sendas y bien aseguradas letras.

—Será preciso—decíase paseando sobre cubierta—que yo deje de ser hábil, ó que el amor haya estupidecido mucho á esa mujer, para que yo no la pueda atraer con la fuerza de este iman.

Y tanteaba sonriéndose el bolsillo donde estaba la cartera con las letras.

Tres meses hacia ya de su partida. Después de haber recorrido inútilmente varias ciudades de Italia, por fin una tarde se encontró en Florencia con los dos pichones, que habían hecho nido en un departamento del *Hotel Gabotti*.

La causa de haberle costado tanto dar con ellos, era que en las agencias teatrales no se tenían noticias de la Beloffini, pues ésta, según voces, había abandonado la escena por un tiempo, á fin de poder viajar más descansadamente en busca de un alivio á su salud enferma.

Este era el rumor oficial entre el mundo de artistas y empresarios en que ella se agitaba, pero también no dejaba de decirse, y con aire picaresco, que el verdadero motivo de su abandono del teatro y de sus viajes, era el de hacer una gira de turista, disfrutando en compañía de un amante, de algunas buenas sumas conseguidas en América siendo la favorita de un alto potentado.

Bordenave se alegró cuando supo esto, por más que sintiera no poder dar con ellos en seguida, porque al punto comprendió que hallaría á la Beloffini con su dinero en las últimas, y más accesible por lo tanto á emprender la vuelta hácia aquella caverna de Alí-Babá donde lo tenía á su disposición á su más leve *Sésamo*.

¿Pero cómo Augusto la acompañaba, abandonando así seguramente sus tareas comerciales?

Esto último se lo explicó aún ántes de encontrarlos, á causa de otra noticia que le dieron. A la llegada

de Augusto á Milan, el jóven se habia encontrado con que la fábrica tenia que declararse en quiebra: golpe tras golpe, habian sido tantos los que habia recibido en poco tiempo, que estaba completamente imposibilitada de seguir funcionando. Y lo triste era que Augusto, interesado en la casa desde algunos meses ántes, perdía, no sólo el fruto de su habilitacion; sino tambien el dinero de sus sueldos acumulados casi en totalidad durante varios años.

— ¡ Vaya ! — pensó Bordenave — : parece que el muchacho va entrando por el buen camino: ántes queria que ella abandonara el teatro para mantenerla él, ahora abandona él el comercio para que lo mantenga ella. Sí: habrá empezado porque no halla empleo, y por desesperarse, y por andar de aquí para allá sin encontrar árbol en que ahorcarse; ella le habrá rogado que no se entristezca por eso ni se haga mala sangre, que tenga paciencia, que para eso ella tiene plata; y que vayan á viajar un poco y disfrutarla, puesto que de todas maneras lo que es de uno es de los dos.

Bordenave era un hombre muy corrido, con más experiencia y conocimiento del mundo que de su propia cara: así pues, no seria raro que todo lo que en sus malicias figurábase, fuera estrictamente exacto. Él lo habia conocido á Augusto, barbilampiño y tímido, con una carita y un corazon de niña apenas núbil, rondar por cerca del teatro las horas y los dias, acechando un momento propicio para dirigir, colorado como una amapola, y eso al vuelo,

un requiebro á la Beloffini, de quien se habia enamorado locamente; lo habia visto despues, ya con más aplomo, penetrar en el camarin de la artista con algun ramo de flores y atreverse á expresar sus sentimientos con más fuego; lo habia visto aún, ya enceguecido por la fiebre de pasion que en él ardía, darse á una vida marital con ella, causando la desesperacion de su anciana madre, de quien era único apoyo, desesperacion que habia indudablemente acelerado el fin de su existencia; y lo habia visto por último, ya pisando el primer tramo de la degradacion, hacer oídos de mercader y ojos de ciego al rumor de la voz pública y á lo que él mismo habia presenciado, aceptándola aún como amante, y contentándose con alejarla del que en su ausencia lo habia sustituido. ¿Qué extraño seria, pues, que bajando un grado más, consintiera en ayudarle á gastar el dinero que el otro habia dado en pago de sus noches de placer?

*
* * *

Cuando Bordenave entró en el alojamiento de la Beloffini, ésta se hallaba sola, de lo que se alegró bastante, pues la presencia de Augusto no hubiera dejado de embarazarlo un poco, y sino á él, á ella, dada la clase de comision que lo trata.

La Beloffini se adelantó con aire gozoso al encuentro del empresario.

— ¡Vd. por acá, Bordenave! ¿Cuándo ha vuelto?

— Vaya, mi hijita — dijo éste abrazándola paternalmente —: me gusta verte así cariñosa, dando á probar que no eres desagradecida como otras, y no echas en olvido que fui yo quien te hice dar los primeros pasos en las tablas, con más amor que una madre cuando le enseña á caminar á su hijo.

— Siéntese, Bordenave, siéntese.

Ya iba él á descargar su mole en una silla, cuando se detuvo un momento aún, mirándola fijamente.

— ¿Con que esas tenemos, niña?...

La Beloffini se creyó en el deber de bajar la vista y ruborizarse: estaba en cinta.

— ¡Hola, hola! Pues mira, no has perdido nada con ello, y como no estás muy avanzada todavía, no parece sino que hás engordado de manera natural: estás mucho más hermosa. Y bien puedes alegrarte, porque es cosa que á pocas le sucede: algunas he visto yo que... ¿Y tu pimpollo, tu Augusto, dónde está?

La Beloffini, que estaba sonriéndose, cambió repentinamente de expresion, al oír que le preguntaba por su amante, y repuso secamente:

— Hace poco que salió. No sé dónde anda.

— Vaya, parece que se te despega un poco más que ántes, que no se te desprendía sino para ir á la fábrica.

La Beloffini mudó de conversacion.

— ¿Y qué me cuenta de América?

— ¡ Hombre! mucho; y quizá algo que no esperas: á verte, sólo á verte, expresamente vengo.

— ¿Cómo?

— Si; y siguiendo mi costumbre de no andar con muchas vueltas, te lo diré en dos palabras: el General Maximino está desesperado desde que tú lo dejaste, y me ha mandado á mí para que te venga á buscar. Déjate de tonterías y de platonicismos, y lárgalo á Augusto, en lo que, si lo quieres verdaderamente, puedes creer que no le harás más que un favor, pues eres tú quien lo ha perdido, y acabarás por hacerlo un mal muchacho....

— ¡Yo, sí, yo! — lo interrumpió la Beloffini — ¡Yo le mando que se pase todas las noches en las casas de juego! ¡Yo le mando que me derroche así el dinero que traje de América! ¡Yo le mando que me empeñe mis alhajas sin decirme una palabra! ¡Yo....

— Bueno, mi hija, no te alteres: no por cosas que no me van ni me vienen, hemos de enojarnos. Lo decia no más por hacerme el moralista, pero pierde cuidado, no volveré á caer en esa zoncera....

La Beloffini no por eso se contuvo, y dando rienda suelta á su irritacion hasta entónces contenida, prosiguió con creciente exaltacion:

— ¡Sí! ¡ya me tiene hasta aquí! (y se señalaba el pescuezo como ahogada). ¡Tan delicado que se hacia ántes, y tan tímido, fingiéndose el sometido á mi dominio, y ahora es un puerco que me lleva mi dinero á malgastarlo, ó me despoja de alhaja tras alhaja, y luego ¡con qué soberbia! ¡Cuidado, que si le digo algo!... ¡Hasta me ha amenazado con pegarme, Bordenave!

Y prorumpió á llorar como una Magdalena.

Es que el amor es planta que crece en cualquier suelo. El salvaje, el hombre culto, la fiera carnícora, el ave tímida. . . . todos tienen un piedra de toque en igual grado, que responde á la voz de la ternura, todos tienen corazón. Y aquel montón de materia crapulosa, que la naturaleza parecía haber vaciado en el molde de una diosa, para darle sus formas más soberbias, aquella mujer en cuya sangre el fuego del vicio bullía como un veneno permanente, aquella mujer amaba, y quebrando vencida su altivez ante el desprecio ingrato de su amante, como se quiebra la heridora espada ante el esfuerzo de un hercúleo brazo, lloraba sin consuelo, lloraba amargamente, con el mismo dolor que una vírgen de quince años las pesadumbres del primer amor!

— Ahora no me faltaba sino que se desmayase — se decía interiormente el socarrón de Bordenave.

La Beloffini había vuelto á sus querellas. Él agregó en alta voz:

— Bueno, mi hijita, no me cuentes más: me basta con lo dicho: de corrido te diría lo restante. Pues tú lo que debes hacer, es dejarlo con una cuarta de narices, y tomar el portante para América.

— No: á pesar de todo, lo quiero, lo quiero con toda el alma! y no podría resolverme á abandonarlo.

— Pues entónces aguanta sin quejarte.

— No puedo dejar de quejarme: ya me tiene desesperada.

— Pues, mi hija, ya te digo, el remedio es facilísi-

mo: arreglas tu balija, tomamos el paquete, cruzamos el Atlántico, llegamos á América, y como herido por la vara de Moisés, el bolsillo del General se abre y empieza á derramar el oro en un chorro permanente.

Todavía siguieron así un rato, él empeñado en llevarla, ella en quedarse, siguiendo la letanía de quejas sobre Augusto. Que ya no la quería, que la trataba, no sólo con frialdad, sino también con aspereza, que la iba á dejar por puertas, que estaba avergonzada de estar así dominada por un hombre, y en fin, que á pesar de todo, cada día lo quería más, y estaba pagando con él lo que había hecho con otros.

Bordenave por último resolvió callarse, no porque se le acabara la paciencia, que era artículo éste que en su vida de empresario había aprendido á tener en grande provision, sino que aplazó la cosa comprendiendo que por el momento era inútil insistir.

VII

TRAFICANTES

—Está visto— se decía Bordenave, sentado en un sillón y meditando—: no hay mujeres más tontas para el amor, que las que se han acostumbrado á jugar con él. Al fin es jugar con fuego. Se hacen las Magdalenas redimidas, y serán capaces de pasarse la vida entera bañando de lágrimas y perfumes los piés de su Señor. Y es de balde: se adhieren á la constancia y á la fidelidad con la firmeza de ostras á la concha; y de ahí no las saca Vd. Casi me estoy temiendo que mi viaje resulte inútil.... Pero no, aún me queda un medio, y quizá el que debí tentar primero: puede ella no querer separarse de su amante, pero puede muy bien su amante querer separarse de ella. Aquí está el quid: seduzco al otro por medio de una buena suma, lo obligo á que la abandone, y.... ¡bravo! ¡manos á la obra!...

Y satisfecho de su nueva idea, resolvióse á ponerla en práctica en seguida sin detenerse á meditarla más. Dejó el hotel y se lanzó á la calle.

— ¿Pero dónde encontrarlo? . . . Ella me ha dicho que se lo pasa jugando noche y día. Pues busquémoslo entónces en los garitos.

No era éste un gran inconveniente para un hombre como Bordenave: pocas horas despues recorria una por una todas las casas de juego de Florencia. Esto era, por la tarde: á la noche habia dado con Augusto.

*
* * *

Pálido, enfebrecido, por diez horas de juego sin descanso, viendo perder, apuesta tras apuesta, los postreros recursos pecuniarios con que contaban su querida y él, lleno de rabia y despecho por su suerte, que tan ingrata se le habia mostrado, Augusto hacia su jugada decisiva cuando Bordenave penetró en la sala.

Desprendióse de sus últimas monedas, y abandonando su puesto, se alejó de la mesa para sentarse en un divan apartado en un rincon. Su furor reconcentrado queria estallar, y no encontraba cómo. Un deseo vehemente de venganza hácia aquellos que lo habian despojado de su dinero, ardia en su pensamiento como una llama viva, quemándole el cerebro. Sentia en su pecho agitarse y rebullir la sangre con el hervor del agua puesta al fuego, y sus manos se movian sin objeto y temblorosas. Ya atusábase el bigote, ya escarmenábase el pelo con los dedos, ya

arreglábase el cuello y la solapa, agitándose en su asiento nerviosa y maquinalmente. Y hacia esfuerzos supremos de inteligencia para pensar en un medio de obtener una revancha. Todo lo habia perdido. La última moneda y la última alhaja de la Beloffini, acababan de pasar á los bolsillos de los otros jugadores.

En esta situacion Bordenave se le acercó.

— ¿Cómo te va, buena pieza? Parece que andas en la mala.

Augusto no lo habia visto aún, absorbido como estaba en su meditacion. Le pareció que el timbre de aquella voz le era muy conocido, y giró la vista buscando á quien hablaba.

— ¡Hola! ¡Vd. por acá! — contestóle fingiendo una sonrisa.

— Sí, y á tiempo para sacarte de apuros. ¿Cuánto has perdido?

— Todo: me he quedado sin una lira. ¡Pero qué! ¿cómo me va á sacar Vd. de apuros?

Y sonrióse sarcásticamente, pero lo cierto era que en su interior una esperanza habia brotado de súbito, iluminando su espíritu, como la noche una luz artificial, abriéndose en el espacio.

Bordenave aproximóse más, y se sentó á su lado:

— Esta mañana estuve con Emilia. . . .

— ¡Ah! . . .

— Sé la vida que Vds. llevan; que están como perro y gato peleándose todo el dia: he comprendido tambien que tú estás aburrido de ella; que le

has perdido el cariño; y te puedo ofrecer los medios de que te separes, sacándotela de encima, y quedando más tranquilos uno y otro.

Augustó, efectivamente, estaba de su querida hasta la punta del pelo, como suele decirse; más de una vez habia pensado ya en deshacerse de ella; y sin embargo, aquella proposicion á boca de jarro, le dió un vuelco en el corazon. No así no más se desatan esos vínculos que con nudos apretados forma el amor entre dos séres.

—¿Los medios de que me separe de ella?...— respondió pausadamente como quien escucha el eco de sus propias palabras, y alzando vagamente la mirada para meditar.

— Y te vuelves á Milan, y ves de emprender de nuevo honradamente tus trabajos comerciales. Yo te daré cómo establecerte. Esta vida que llevas es indigna. Un hombre jóven y lleno de vida como tú encharcándose en el vicio!...

El diablo predicador. ¡El cínico de Segundo Bordenave dando lecciones de honradez! Él mismo, al escucharse sonrióse interiormente.

—¡Pero cómo! Explíquese. Yo no entiendo. ¿Cómo es que Vd. me va á dar ese dinero? ¿Es Vd. ahora millonario?

— Ese dinero no es mio....

—¿Pues de quién es entónces?

—.... Del General Maximino. Te da veinte mil liras si le devuelves á Emilia.

Bordenave se asignaba una modésta comision de

ochenta mil. Á cien mil alcanzaba el monto de las letras que habia traído.

El General Maximino..... Veinte mil liras..... Devolver á Emilia.... Celos, ambicion, una chispa de amor, un resto de dignidad.... todo en confusa amalgama agitóse en su cerebro, produciendo una profunda conmocion en todo su sér. ¡Prestarse á una infamia así! ¡Vender á su querida como una mercancía! Pero.... lo cierto es que era á buen precio....

—¿Y Emilia sabe esto?— balbuceó.

—Sí, pero ella no se irá, si tú no la abandonas. Hazlo: mira que no cometes una mala accion. Por ella has perdido tu porvenir y tu honra. ¿Qué importa, pues, que por ella obtengas los medios de volver á recobrarlos? Si sigues con esa mujer, vas á ir á parar á una penitenciaría.

—¿Y cómo haría?...

Ya empezaba á titubear.

—Le escribes una carta. Yo me encargo de entregársela.

Aun siguieron un rato más tratando del asunto, pero más por pura fórmula que por otra cosa: Bordenave habia triunfado.

Augusto escribió la carta, dictada por aquél, y al concluir, ya le pidió el dinero, pero Bordenave, hombre práctico, se rehusó á entregárselo hasta tanto que la Beloffini no hubiera consentido en irse. Pero en vista de que Augusto le dijo que no tenia ni con que pagar hotel, le adelantó una suma, aconse-

jándole que no la jugara.... por aconsejarlo algo; lo mismo le hubiera dicho que se hiciera fraile: él tenia que disfrazar de algun modo su papel de traficante.

Augusto se lo prometió solemnemente. Salieron del garito, y en amor y compañía hicieron algun trecho de camino.

Él fué el primero que se separó, para entrar en un hotel á aposentarse.

*
* * *

Subió á la habitacion que le habian señalado, desnudóse, y decidido á dormirse, acostóse y apagó la luz. Pero no podia conciliar el sueño: una extraña inquietud lo devoraba, haciéndole darse vueltas y más vueltas en el lecho.

Volvió á prender la luz. La una de la noche resonó en un reloj cercano. Todo estaba en silencio. No queria pensar, y á pesar suyo, las ideas mas extrañas, como aves temerosas desbandadas, pasaban ante los ojos de su espíritu en vuelo inconstante y rápido, produciendo en su cabeza entorpecida como un rumor de alas.

Por fin no pudo más y levantóse. Volvió á vestirse, y se lanzó á la calle. Quería distraerse. Púsose á caminar á la ventura, y llegado un momento en que quiso darse cuenta de dónde estaba, notó con

un estremecimiento que no supo él mismo si era de placer ó de temor, que estaba á poca distancia de la casa de juego donde lo habia encontrado Bordenave. Una supersticion extraña lo sobrecogió. Creyó que era el destino que con mano invisible lo habia llevado hasta allí, y que era inútil por lo tanto batallar; y encogiéndose de hombros al borde del abismo, dejó resbalar su pié para hundirse en su profundo seno: entró en la casa, y derramando sobre el tapete altivamente todo el oro que tenia, púsose á jugar con más brío y más ardor que nunca.

Ya estaba envenenado para siempre. Podrian arrojarse en su alma todas las semillas de buenos sentimientos que se quisiera: seria en vano: su alma se habia aridificado, y era tierra infecunda para todas las virtudes: sólo las zarzas y las espinas del vicio podian crecer allí!

VIII

AMOR EN QUIEBRA

—Toma, mi hijita, y mira si eras tonta. Estabas haciendo un papel muy ridículo con ese mozo : no te queria. Lee.

Y Bordenave le alcanzó la carta.

La Beloffini leyó :

Emilia :

Sé que te vienen á buscar de América haciéndote proposiciones excelentes. Acéptalas : no quiero yo ser un inconveniente á tu prosperidad. Es preciso que cada uno de los dos vuelva á su elemento : tú al teatro, yo al comercio.

Te vuelvo á repetir que aceptes : me harás un gran favor. Convencidísimo estoy de que no hemos nacido el uno para el otro.

AUGUSTO.

Bordenave habia creído que la Beloffini se iba á desatar en lágrimas, y hasta tambien desmayarse; para lo cual habíase provisto de un frasquito de éter, que estaba ya destapando en el bolsillo; pero se quedó patitieso cuando la vió quedarse silenciosa

y fría, aunque con una palidez de muerta. Era la serenidad de las tormentas sordas.

— ¡Infame! . . . — murmuró por fin, apretando en sus labios la palabra como una mordedura.

— Y lo peor, mi hijita, es que lo ha hecho por dinero.

— ¿Cómo, por dinero?

— Sí: te ha vendido por veinte mil liras.

— ¡Vendido! . . . ¿A quién?

— A mí. Se las he dado para que te dejara tranquila. Ese hombre te iba á matar á disgustos. No te quiere absolutamente ya, y te ibá á ser una carga en adelante para comerte lo que tú ganaras. Mira.

Y le alcanzó otro papel.

Era un recibo de Augusto, y decia así:

Recibi del señor Segundo Bordenave la suma de mil liras á cuenta de la de veinte mil, que percibiré cuando la Señorita Emilia Beloffni acepte un contrato suyo partiendo para América.

AUGUSTO PONTI.

— ¡Lindo papel ha hecho Vd.! — le increpó la artista — ¡Salga, salga! — agregó desdeñosamente — Si Vd. es tan miserable como él!

El empresario se encogió de hombros filosóficamente.

— Mira, mi hija, desahógate: mi dignidad no se ofende por lo que puedas decirme: me hago cargo de tu despecho.

— ¡Pues no le he de hacer el gusto! Él me ha dejado, pero Vd. no saldrá con la suya. Todavía

tengó un poco de dinero, para poder esperar hasta contratarme aquí en alguna parte.

— Creo que cuentas con un recurso que no tienes : cuando yo dí con Augusto, acababa de jugar tu última moneda.

La Beloffini se lanzó hácia la cómoda, y abrió apresuradamente una alhajera.

Estaba vacía.

— ¡ Oh ! ¡ qué hombre ! ¡ qué inmundicia ! — exclamó llevándose las manos al rostro con acento y ademán de desesperación.

Y entónces, á este nuevo golpe, ella, que habia resistido serena y orgullosamente el desden del abandono, al ver hasta qué extremo habia llegado el encanallamiento de su amante, que se convertia en ladrón para robarle el poco de dinero reservado por ella para no quedar en descubierto con los gastos diarios, la fuente del sentimiento se abrió en su corazón momentáneamente endurecido, y prorumpió en gemidos y sollozos. No lloraba por ella, no por su abandono : lloraba por él, por su degradación.

Bordenave creyó llegado el momento, y asomó el frasquito afuera del bolsillo. Pero estaba visto que lo habia de haber traído en vano : la artista lloró largo rato, pero no se desmayó.

Él entónces sentóse con mucha flema á esperar pacientemente el fin de la elegía.

Poco á poco las lágrimas cedieron. Bordenave se atrevió á romper el silencio.

—Tén dignidad, Emilia; no llores, por quien no te quiere, ni merece ser querido. Vénte, vámonos á América: así te distraerás.

La Beloffini se levantó furiosa de su asiento, ya con los ojos enjutos.

— ¡No, no iré! ¡Yo he perdido mi amante, pero Vd. perderá su comision!

— La que más perderá serás tú misma, porque si te niegas á ir, buscaré á otra artista hermosa, que es lo que sobra, y veré de que consuele al General Maximino de tu ausencia.

Esto último nõ dejó de hacer su efecto. Otra podria reemplazarla, y no sólo reemplazarla, sino tambien gozar de los regalos. Sin embargo, irritada como estaba todavia, resistió.

—Hágalo— dijo, agregando que se hacia quien sabe qué en el General y su dinero.

— Ya se te pasará, querida. Hasta mañana.

• Bordenave tomó su sombrero y se alejó con mucha calma.

*
* *

La Beloffini no era rencorosa. Unos cuantos dias despues, la artista y el empresario partian para América, y Augusto seguia jugando el fruto de su venta.

IX

LA ESPOSA OFENDIDA

Habia pasado algun tiempo.

La Precieux acababa de llegar del Pacifico, de paso para Europa. Bordenave, despues de reflexionarlo bien, decidióse á ir á recibirla á bordo. Al fin no era ella sola la que venia ; venian otros artistas, y bien podia él haber ido á recibir á cualquiera de los otros y no á ella.

Al llegar á tierra, Bordenave díjole :

— Espérame en el hotel : yo iré por otro camino : tenemos mucho que hablar.

Y así fué : pasado un rato, volvieron á reunirse, y ansiosos de hacerse confidencias mútuas, trabáronse en vivo diálogo.

Hay que advertir que la artista habia sido querida del empresario, pero querida ella y amante él, como lo son la gente de esta especie : de una manera *sui géneris*, constituyendo más bien una asociacion de esfuerzos que un vínculo de afectos. Por ejemplo :

habia un magnatè que gustaba de la artista. El empresario se volvia sordo y ciego, se atareaba como nunca para dejarla libre, ella tendia sus redes, el incauto caia en ellas, su bolsillo era exprimido lo mismo que un limon, soltaba todo el jugo, es decir, todo el dinero, y en conclusion aquellos dignos socios repartíanse amigablemente el fruto de su operacion.

Pero como todo tiene fin, y si es en cosas de amor más pronto que en cualesquiera otras, llegó un dia en que la Precieux se fastidió de verse desdeñada por el General Maximino,—dia precisamente aquel que da comienzo á esta historia—; le dijo á Bordenave que se iba, éste le contestó que estaba bien (contentísimo de que se le despegara al verla en desgracia, pero disimulándolo hipócritamente), y la artista se marchó con el canto y la música á otra parte.

Bordenave no tenia por qué irse: los negocios andaban viento en popa, y cada dia obtenia más pruebas de confianza por parte del General. Éste estaba conquistado por él de tal manera, que si no hubiera sido escándalo inaudito, hubiera creado un *Ministerio de Amor* en su gabinete para encargár su cartera á Bordenave.

*
* * *

La primera en desembuchar sus confiancias fué la artista. Le habia ido muy bien en el Pacífico. No parecia sino que estaba destinada á poner en trastor-

no los gobiernos: el Presidente de otra República habia caído á sus plantas, derramando nuevas ofrendas pecuniarias en homenaje á su amor. ¡No habia como esta América para ver gobernantes tiernos! Parecia que el poder era una especie de tónico que los tenia en perpétua primavera: no podian ver una mujer hermosa, sin ya querer apropiársela. ¡Qué gente de pasiones, santo Dios, qué ardor, qué fogosidad! Pero fuera como fuera, lo cierto era una cosa, y en su honor debia ser dicha: la pagaban, y bien paga, sin pararse en un ciento ni en un mil.

— Y por acá ¿qué novedades ha habido? — preguntó la Precieux al concluir.

— Muchas, y gordas, querida — repuso Bordenave — Por lo pronto, te espera una que quizá no te la imaginas. Mañana sale el *Gironde*: pues bien, será necesario que tú te embarques en él. Emilia sigue reinando, y ha conseguido de su General una orden de destierro perpétuo para tí; éste le ha prometido echarte afrentosamente de aquí si vienes. Á mí me dijo un dia textualmente: — « ¡Así venga! Que la voy á hacer tular como un milico; y repasar por todo un batallon! »

La Precieux desatóse en improperios contra su antigua amiga y su ex-amante.

El empresario la dejó desahogarse unos momentos. Por fin la interrumpió.

— Avísame en cuanto acabes, así te pondré al corriente de todo lo demas.

— Habla.

— Sabrás que Emilia no ha estado aquí todo el tiempo de tu ausencia. . . .

— ¿Cómo que no? ¿y dónde pues?

Bordenave le refirió punto por punto todo lo que ya se sabe: la llegada de Augusto, la marcha de Emilia y él, la viudez del General, su desesperacion, la partida de él (Bordenave) para Europa, en calidad de Ministro Plenipotenciario Privado de Su Excelencia cerca de su querida, la perdicion de Augusto, la vuelta de Emilia, etc.

La Precieux no salía de su asombro.

— No es eso todo: ahora verás lo bueno. Emilia, con su favoritismo, cada vez más potente sobre el General, se ha ensoberbecido de manera tal, que está verdaderamente insoportable. Á mí, á quien todo lo debe, como tú sabes, me trata con aire de proteccion, y hasta ha llegado á irritármeme, permitiéndose reprenderme por cosas insignificantes. La señora del General, una parte por celos, — bastante justos indudablemente — y otra por sus maneras insolentes, no la puede ver. Esperando estoy el dia en que me vengan á decir que se han arañado en medio de la calle. Porque la otra no es floja, y aún iría á manos de ella si llegaran á trenzarse. Es flaquita y es enclenque, pero tiene más espíritu que una pipa de aguardiente. Ha habido escenas magnificas. . . . Pero siéntate: son largas de contar.

La Precieux se sentó sumamente complacida del giro que tomaban las confidencias de Bordenave.

Éste prosiguió:

.

— La mujer del General, despues de la carta aquella que tú le mandaste al irte.... No lo niegues....

La artista se sonrió satisfecha de su obra.

— Y en la que le referias punto por punto todo lo pasado, resolvió salir de su actitud pasiva, y no contentándose ya como hasta entónces con simples quejas de esposa abandonada, la empezó á emprender á peleas domésticas con el General. Por supuesto que éstas produjeron un efecto contraproducente: el marido se aburrió más y la atendió ménos. Sin embargo, la cosa apaciguóse un tanto con motivo de la partida de Emilia para Europa. Pero desde que ésta volvió, ha recrudecido de una manera alarmante. Y como Emilia ha hecho padre de un niño al General, el conflicto ha llegado á su periodo álgido. Y digo *que lo ha hecho padre de un niño* con más propiedad de lo que te figuras: lo ha hecho, no lo es, porque el tal niño es de Augusto....

— ¿Y qué es de Augusto? — lo interrumpió vivamente la Precieux — ¿No se ha sabido nada de él?

— Yo he sabido, sí, pero indirectamente, y no hace muchos dias. Me dice Demollieri, — que no sé si tú sabes, lo mandé buscar para cantar aquí —, que poco ántes de embarcarse lo vió en Génova: está de portero de un teatro....

— ¿De portero de un teatro?

— Sí.... No sé de cuál me dijo. Jugó todo lo que yo le dí, y se quedó sin una lira. Dice Demollieri que le pareció al hablarle que estaba un poco achis-

pado. No tendría nada de extraño: no hizo caso de de mis consejos....

Y esto de consejos lo dijo Bordenave con tono sentencioso, como un pastor de almas que se desvive porque no se descarrien.

— ¿Y... en qué estabas cuando yo te interrumpí?... ¡Ah! en que Emilia le ha hecho tragar al General que el hijo de Augusto es de él.

— Pues, y el General está loco de contento. Le ha comprado una hermosa casa á Emilia, se la ha amueblado con un lujo asiático, y se pasa en ella la mayor parte del dia. Por la noche Emilia suele dar tés, y allí acuden á hacerle la corte reverentemente los ministros de su amante y demás hombres notables de la situacion, con tan poca vergüenza como si fueran á lo de su legítima esposa.

Esta, cada vez más indignada, ha promovido escenas deliciosas, y parece dispuesta á no cejar. No hay dia que no tenga una reyerta con su marido, reyertas que van perdiendo ya el carácter privado de un principio, y tomando proporciones de públicos escándalos: no hay nadie en la ciudad que no las sepa y comente, pero ya sabes, en voz baja y con sigilo, porque aquí como siempre, muy prudentes.

Cuando tiene que salir, manda buscar un coche de plaza, no queriendo hacerlo en ninguno de los de su marido, pues dice «que no está para sentarse donde se haya sentado esa ramera.»

Dias pasados, la crisis llegó á su colmo: los ner-

vios se le pusieron dé punta, y se decidió á tomar una resolución definitiva. Vistióse, mandó buscar un carruaje, y dirigióse. . . . ¿A que no sabes dónde? . . . A la casa misma de Emilia. Felizmente para ésta, hallábase ausente. La esposa ofendida entró, dando un empellon al soldado que quiso impedirselo (porque te advierto que Emilia tiene su guardia correspondiente: un soldado por el día, y un sereno por la noche: no sé si porque el General es celoso ó simplemente precavido). Pues entró, y recorriendo la casa como una Bacante en furia, rompió cuadros, cortinajes, objetos de porcelana. . . . en fin: aquello quedó, que ni cien gatos rabiosos lo hubieran hecho mejor.

Pero lo más lindo es lo que pasó anteayer entre ella y su marido. Le traen una carta al General. El General no estaba. Ella ve el papel en manos del soldado portero, y se lo pide: éste se niega á dárselo, pero ella se lo arrebató. Los celos la encienden: la dirección del sobre es de letra de mujer. No titubea: lo rompe y lee su contenido. Es un billete de Emilia á su Presidente, pidiéndole que le mande una vajilla nueva, porque la que tiene no está en armonía con el lujo restante de la casa. La esposa ofendida exáltase. En este momento llega el General: es la hora de almorzar. Ella no le dice nada, se contiene, y se sientan á la mesa tranquilamente. Como es natural, en casa de un Presidente nunca faltan convidados: la mesa está llena de gente. En cuanto empieza el servicio, la esposa se levanta, tira de una punta del

mantel con todas sus fuerzas, y arroja al suelo todo cuanto hay en la mesa. Platos, botellas, copas, cubiertos y manjares..... todo rueda confundido con estrépito infernal ante los ojos espantados de los comensales.

— ¡Pero estás loca, mujer! — exclama el General.

— Sí, estoy loca, pero otras hay más locas que yo. Yo estaré loca de indignacion; otras lo están de ramerías!

— ¡Pero, Adela!... Tén presente.... (Volviéndose á los convidados, mudos é inmóviles como estátuas) Disculpen Vds., señores.... Adela no sabe lo que hace....

— ¡Sí, sé muy bien lo que hago! ¡Tiro todo esto al suelo, porque lo mismo que has de comprar una vajilla para esa arrastrada de la Beloffini, quiero que compres otra igual para mí!

Y le tira la carta por las narices.

El General se enfurece, y la amenaza delante de todos con una pateadura.

El soldado portero es puesto en seguida en cepo colombiano, por no haber luchado á brazo partido con la esposa de su amo para arrebatarle la carta.

★
★ ★

Largo rato todavía siguieron las conferencias. Por fin la Precieux, convencida de la imposibilidad

de poder permanecer ni un dia más allí, á riesgo de ser víctima de alguna mala pasada de la Beloffini, decidióse á embarcarse aquella misma tarde, aunque tuviera que estar en el puerto esperando la salida. Y se iba rumiando un plan de venganza, que no quiso comunicar ni á Bordenave mismo, de temor que éste, celoso de sus intereses, le opusiera algun obstáculo.

.

AMOR DE PADRE

Alma inexperta y débil, y entregada sin freno á los arranques de una pasión ilícita, Augusto desde la muerte de su anciana madre, habia quedado en el mundo, como nave sin timon á merced de las tormentas.

Sin hogar donde acogerse, tendió una mirada en torno, y se halló aislado: no tenia ni parientes, cercanos á lo ménos. Sólo un cariño puro pudiera haberlo salvado, pero desgraciadamente no se atravesó en su camino el alma buena que hubiera podido habérselo inspirado. Una relacion innoble lo habia llevado á la ociosidad, el aburrimiento de la ociosidad al juego, la desesperacion del juego á la embriaguez: Augusto, grado por grado, pobre, huérfano y solo sobre el mundo, sin tener una mano que lo guiara ni una voz que lo alentara, habia llegado en poco tiempo á ese estado de degradacion: bebia, y como todos los que sufren, bebia para olvidar.

En esa deplorable situacion lo encontró la Precieux.

Como se lo habia dicho Bordenave, Augusto estaba en Génova, pero no de portero de un teatro, sino en completa vagancia: su nu evo vicio lo habia inhabilitado hasta para aquel puesto tan servil.

Poco le costó dar con él: preguntado que hubo por él al primer empresario conocido, éste le indicó una taberna donde se podia decir que el jóven tenia establecido su domicilio legal.

La Precieux lo hizo llamar á su alojamiento, enviándole una tarjeta en la que le ofrecia darle noticias de América.

Augusto vino al instante.

Ella no lo habia conocido ántes, pero al traves de la demacracion del vicio, pudo hallar aún en su rostro las huellas de una hermosura varonil y airosa. Se veia que las arrugas que surcaban la frente eran precoces, que la enfermiza amarillez del cútis no era natural, que la flacura del cuerpo no provenia de un defecto de constitucion, sino que era provocada por el hambre y las vigalias. Y su traje, que ofrecia un aspecto deplorable, conservaba, á pesar de su desaliño y desaseo, ciertos vestigios de elegancia aún.

Felizmente, Augusto estaba en un buen momento: ese dia la necesidad lo habia hecho ser virtuoso; no habia tomado ni un trago, porque no habia tenido con qué.

Despues de los primeros cumplimientos, la Precieux rompió el fuego.

—Señor Ponti, como Vd. habrá podido ver por mi tarjeta, lo he llamado para darle noticias de América.

—Es verdad.

—¿Vd. deseará saber algo de Emilia Beloffni? Somos amigos. . . ó más bien dicho, lo éramos.

Al nombre de su ex-querida, Augusto sufrió una extraña conmocion. Él ya sabia que le iban á hablar de ella, ya lo habia presumido al leer el nombre de la artista en la tarjeta; y sin embargo, no fué dueño de reprimir ú ocultar la impresion que su nombre le causaba. En la desgracia habia vuelto á acordarse de su amor, y faltó completamente de recursos para subsistir, suspiraba de continuo echando de ménos aquel dinero tan fácil de obtener y tan grato de gastar. Muchas veces se acusaba interiormente de haber sido un imbécil: él hubiera podido tener en la Beloffni una mina inagotable; ¿qué le hubiera costado pasar por sordo y ciego?

—¿Y qué es de ella?—preguntó.

—Está muy bien. Ha vuelto á ser la favorita del General Maximino.

Esto lo dijo la artista con crudeza y sin ambages, para que el tiro fuera á herir rectamente á donde deseaba.

—Y como ha tenido un hijo de él...— agregó.

—¿Un hijo? No puede ser; no tiene tiempo. Ella iba embarazada de aquí.

—Pues, y allí salió de cuidado, y con mucha felicidad.

—¡Pero ese hijo no es del General!....

—¿Cómo que no?... ¡Hombre! y sabe que recién me fiijo en una cosa: bien puede Vd. tener razon: ahora noto que Vd. y el niño tienen idénticas facciones: él es así, blanco, rubio, ojos celestes....

—¿Pero vive? — preguntó ansiosamente Augusto.

—Hasta que yo salí, quedaba bueno y sano.

El jóven trasfiguróse: una lágrima rodó por sus mejillas. Al fin se trataba de su sangre.

—¡Y ella que me mandó decir que habia muerto!

—¿Quién, el niño?

—Sí. Á los tres meses de su partida para América, un dia recibí una carta de luto. Era de su letra. La abrí, y vi que me decia que nuestro hijo habia muerto al nacer.

—Es incierto.

—¿Y para qué me habrá dado esa noticia? ¿Para qué herir así, con tanta crueldad, mi corazón de padre?

—¿Vd. no ha comprendido aún por qué?

—No.

—Pues es muy sencillo: para vendérselo al General como una mercancía: le ha dicho que es de él: lo ha mistificado.

—¡Infame, infame!...

Y Augusto al decir esto, apretando los dientes y levantando los puños con furor, no se acordaba de que él también había hecho una venta parecida, y que no hacía tanto tiempo de ella para olvidarla.

Y enjugándose una y otra lágrima, desatóse en una retahíla de quejas é imprecaciones. ¡Nunca, desde que el mundo era mundo, habíase visto tal indignidad! ¡Vender un hijo, un hijo, un inocente, el delicioso fruto del amor, como un objeto cualquiera, para hacerlo servir de vil anzuelo en la mistificación más execrable! El corazón de una fiera se hubiera horrorizado ante la concepción solamente de esta idea...

Et sic de cæteris. Si la Precieux, cansada por fin al cabo de un momento de formar parte del duelo, no lo hubiera atajado proponiéndole un medio de venganza, Augusto se hubiera estado todo el día disertando contra aquella madre innoble.

— Vd. tiene un medio de vengarse y de recobrar á su hijo — le dijo.

— ¿Cómo?... ¿Yendo allá?

— Sí.

— ¡Pero me es imposible por completo! ¡No tengo ni una lira!

— Yo le facilitaré lo necesario....

— ¿Vd.?... Pero yo no puedo permitir....

— ... Á título de préstamo, ...

— Pero....

— No se resista Vd. Lo hago con gusto. Es una obra de caridad: no se debe dejar que se trafique así con la inocencia.

— Yo iria, sí. . . . ¡ Pobre hijo mio !

Y sus ojos volvieron á humedecerse de ternura.

— Bueno : acepto — agregó. — Yo le firmaré á Vd. un vale.

La Precieux se sonrió. ¡ Qué firma aquella para dormir tranquila esperando el cumplimiento !

— No, yo no quiero que Vd. me firme nada : me basta su palabra.

Augusto casi estiró la mano para recibir el dinero : le parecia sentir ya en la palma el crujir de un billete de mil liras.

— Puede Vd. ir no más dentro de dos ó tres horas á la agencia del *Umberto*. Yo voy allá en seguida á dar orden de que le entreguen el pasaje.

Á Augusto se le cayó el alma á los piés. Casi estuvo por rehusar. Ya hasta creia que aquello no era hacerle ningun préstamo, al no ver en sus manos el dinero. Pero la Precieux sabia con quién se las habia, y no estaba para que el otro saliera del hotel, y se la fumara yéndose á alguna casa de juego acto continuo á divertirse un poco á sus costillas.

— Á bordo — continuó — el capitan le entregará á Vd. una pequeña suma para las frioleras del camino.

No habia más remedio. ¡ Qué hacia allí de todos modos ? Iria, y haria de cuenta que se iba á probar fortuna ; además, — y no era una bicoca, — tendria la mantencion pagada por un mes. El jóven aceptó, aunque ya un poco enfriado aquel fogoso cariño paternal que lo arrebatara momentos ántes.

Por el mismo paquete, la Precieux escribió una carta al General, descubriéndole la verdadera paternidad de *su hijo*, y anunciándole el viaje del *hermano* de la Beloffini.

— Y ahora, que allá se las averigüen — se dijo alegremente al concluir, restregándose las manos.

SU EXCELENCIA NO RECIBE

— ¡Á ver si me sacan de aquí todo ese gaitao rabon! — gritó ahuecando la voz el Géneral-Presidente desde la puerta de su despacho, al ver el salon de audiencia lleno de mujeres.

Dos edecanes acudieron, y les intimaron que se retiraran.

La mayor parte lo hizo sin decir palabra, con esa timidez propia de los séres femeninos, pero no faltó alguna que otra, verdadera viuda de militar, que se atreviera á quejarse en alta voz del proceder grosero de aquel mandon intco, que sobre quedarse con el dinero de sus pensiones para subvencionar agentes de placer y pagar caricias de rameras, las trataba de una manera tan poco decórosa. Porque éntre aquellas mujeres habia algunas señoras: no todas eran viudas de soldados: las habia de altas categorías sociales, que si venian á presentarse ante él, era impelidas por la cruel necesidad, venidas á ménos

en el derrumbe general que sufrían todas las clases.

Por fin el *ganao rabon* dejó libre la sala.

— ¡Vaya! ¡gracias á Dios que hay silencio! — dijo el General á su secretario (La Herpe— Esas mujeres son como cotorras : no se puede hacer nada cuando están ahí. *Que mi marido en la batalla tal y que mi padre en la batalla cual. Que el sueldo que me han pagao y que el que me han dejao de pagar....* ¡Ni el diablo que las aguante!... Sentáte. Te voy á dictar.

La Herpe se sentó á escribir.

El General se empezó á pasear de un lado para otro tirándose de la pera. Pero las ideas no por eso acudían en su ayuda : el parto era laborioso.

*
* *

La Herpe es un tipo de vara y cuarto de alto ; uno de esos hombres chicos que parece que en vez de sangre tienen azogue en las venas ; que viven en incesante movimiento. Su rostro revela inteligencia, y principalmente ingenio, pillería.

Es un aventurero. Vino de España hace algunos años, donde era perseguido por una jauría de acreedores que no lo dejaba á sol ni á sombra, y sentó sus reales en la capital del General Maximino. Allí, despues de escribir en contra y en favor de todo el mundo, y quizá por esto mismo, consiguió captarse

la privanza del General-Presidente, y captársela en tal grado, que es ahora, más bien que su secretario, cuyo título oficial le ha conferido, su consejero y su hombre de confianza. También es verdad que sabe someterse á todos sus caprichos, y que sería capaz, por agradarle, de poner las narices donde nadie.

Lo mismo que se hace justicia á sus cualidades morales, diciendo que es un bribon, se puede hacerla también á sus cualidades intelectuales, diciendo que es de talento: escribe con soltura, y maneja el estilo humorístico con gracia. Es el periodista á mano que tiene el General para sus desahogos.

*
* * *

— Cuando guste, General—dijo tomando la pluma.

— Poné ahí: *Querida gringuita*....

— Querida gringuita—repitió como un eco el secretario mientras escribía.

— *En este momento salgo pa la estancia.*

— estancia.

— *Te espero allí.*

— allí.

— *Veníte en seguida.*

La Herpe ni se sonrió siquiera del *veníte* como no lo había hecho del *pa*: estaba acostumbrado: corregía al escribir.

— seguida—repitió.

— *Vamos á estar de farra hasta el lúnes.*

— el lúnes.

— *Tu Alcanzáme : voy á firmar.*

Y plantó debajo su nombre : *Maximino.*

La Herpe dobló la esquila, y la puso bajo sóbre con esta direccion :

A la Señorita

Emilia Beloffini

Presente.

— Ya verás, La Herpe, si nos vamos á divertir. Hoy es sábado, ¿no? Pues hasta el lúnes no vamos á volver. ¿Le has avisao á Téjos, á Pollieni, á Bárras, á

— Todos están avisados. Seremos doce, y otras tantas ninfas. Bordenave se ha encargado de éstas. Creo que todas serán artistas. Vamos á tener canto y música para un año.

— ¡ Magnífico !

Y el General se puso tan contento, que brincaba como un niño : aquellas farras lo enloquecian. Tambien era muy justo que alternase las pesadas tareas del gobierno con algunos momentos de expansion.

Pues para eso, para que el ruido de las conversaciones no lo interrumpiese en el dictado de aquella importante carta, que tanto se relacionaba con la marcha del gobierno, era que el General Maximino habia despedido insultante y chocarreramente á las infelices viudas de la sala de audiencia.

En seguida se fué sin querer recibir á nadie.

La Herpe quedó en reunírsele en la estancia: tenia que despachar alguna correspondencia.

Habia concluido ya y disponíase á partir, cuando un ordenanza le alcanzó una carta de Italia para el General Maximino.

—Para el lunes—dijo el secretario, guardándola en la carpeta. — Si no va á ser cosa de nunca concluir.



En cuanto la Beloffini leyó la esquila de su General, se aprestó á efectuar el viaje.

Este no era largo, pues la estancia no dista más de seis leguas de la Capital.

A la media hora ya estaba en su carruaje, llena de júbilo porque á ella tambien le gustaban las farras.

No haria diez minutos que se habia alejado, cuando un jóven golpeó en la puerta de su casa. Era Augusto. Hacia algunas horas que habia desembarcado, y aunque tenia las señas del domicilio de Emilia dadas por la Precieux, habia tardado en hallarlo, por no conocer bien la ciudad.

Augusto chapurreaba algo el castellano, pero de la manera más original: mezclándolo con el poco de portugués que habia aprendido durante su estadía en el Brasil. Sin embargo, el portero pudo comprenderle que preguntaba por la Beloffini.

Este era un negro soldado, que el General habia puesto de cancerbero fiel de su tesoro. Lo miró de reojo y le contestó con aspereza:

— No está. Se ha ido por dos dias al campo.

Augusto le preguntó entónces por el niño.

— ¿Qué niño?

— El hijo de ella.

— Aquí no hay niño ninguno.

Y previo un empellon, le dió con la puerta en las narices.

Augusto ardió en deseos de castigar su insolencia, pero se contuvo, pues comprendió que debia ser prudente y esperar. Decidióse á rondar por allí cerca hasta que Emilia volviese, y entónces, aunque fuera como fuera, haria todo lo posible para verse con ella y con el niño.

Y como no habia de estar esperando en el medio de la calle, se metió en el almacen de la esquina y pidió un vaso de ajenjo con una moneda en la mano.

A esta palabra viva y palpable, en cualquier parte le hubieran entendido, aunque hubiese pedido golterías.

XI

SU EXCELENCIA SE DIVIERTE

Era la tarde del domingo ya. Un movimiento inusitado notábase en la estancia. En el ancho y opulento comedór del edificio, que se levanta en medio de una loma con un hermoso panorama en torno, hallábanse reunidos el General, su querida, Bordenave, y unos cuantos personajes de la situación con otras tantas mujeres alquiladas.

Allí estaba Téjos, el general sin batallas, de espada vírgen pero de puñal avezado, con su aspecto de indio flaco, sombrío y repelente, llevándose á cada instante las yemas del pulgar y el índice á las cuatro ó cinco cerdas que le sirven de bigote.

Allí estaba Balan, el otro indio, pero no de cuerpo endeble como éste, sinó fornido, grueso y arrogante. Allí estaba, con la mano en el pomo del puñal, fiel testafarro pronto á sepultarlo en el pecho de cualquiera á la más mínima seña de su amo.

Allí estaba Miguel Suárez, el funcionario — verdu-

go manchado ya por los crímenes más negros en una vida pública naciente.

Allí estaba Ferrández, el adulon más bajo de todos los adulones, maltratado de hecho por el General Maximino en un momento de desconfianza de su fidelidad, y aceptando al día siguiente con gozoso beneplácito un amistoso apretón conciliatorio de la misma mano que lo abofeteara! Allí estaba, quizá ideando entre una y otra copa, la manera de hacer crecer las rentas públicas, forzando al pueblo á pagar el doble de sus contribuciones. Uno que otro golpe de tos, lo hacia sobresaltar: la muerte se le acercaba á paso lento; estaba tísico: pero no importaba; otros pagarían su falta de salud.

Allí estaba Pollieni, el dandy cincuenton, garrapatas de todos los gobiernos, prendido á las provedurías nacionales con las uñas venenosas de cien contratos leoninos. Allí estaba, contrayendo á cada rato sus labios en una falsa sonrisa, para festejar los insulsos dicharachos del cacique de aquella toldería.

Allí estaban también Alberto Nano y su colega Villarra, miembros ambos de un Tribunal de Justicia, nada ménos, encargados de juzgar y castigar las acciones de sus conciudadanos, cuando los dos no podrían por su conducta indigna parangonarse con el más humilde de ellos.

o Y Bárras, el edecan-predilecto del General, y La Herpe, y Bordenave por último, que se multiplicaba para que la farra fuese del gusto de los personajes, levantándose á cada rato y atendiendo á todo, por-

que él era el encargado responsable del buen éxito. También ¿quién más digno que él ni propio, para todo lo que fuera cuestiones de placer?

Faltaba uno: Birán, el mediocre mediquillo que de la noche á la mañana, habia pasado de un aula al puesto de Esbirro Mayor del General.

¿Cómo no estaba allí? Sin él, aquel apostolado del vicio estaba incompleto.

*
* * *

Alguien preguntó por Birán.

— Lo he encargado de que vigile á mi mujer — dijo el General — Esta me ha amenazado con presentármese á aguar cualquier fiesta amistosa como ésta en que yo esté, y tomo mis precauciones al efeto.

— Hablando del ruín de Roma. . . . — dijo Balan, acercándose á una ventana que miraba al campo — Maldito si aquel carruaje no es el de Birán.

Y señaló uno que se veía á corta distancia, avanzando en direccion á la casa.

El General Maximino se inquietó: ¿qué podría haber sucedido? ¿Si habria su mujer hecho alguna barbaridad?

El aspecto risueño de Birán, que bajaba ya del coche, lo apaciguó por completo.

— ¿Qué ha habido, Dotor? — gritóle desde la ventana.

— Nada. . . . ó casi nada — agregó, enmendándose

apresuradamente, como quien comprende que se ha pisado. — Ya le contaré.

Y cuando estuvo adentro, se llegó al General, y llevándolo á un rincon, le refirió cómo habia creído inútil el quedarse por más tiempo en la ciudad. No tan sólo la señora del General no tenia intencion de salir, pues no sospechaba nada, sino que hallándose enferma, se habia metido en cama.

Viendo, pues, por lo tanto, — terminó — que no habia ningun peligro, me he venido á formar parte de la fiesta.

— Ha hecho muy bien, Dotor — Nos divertimos en grande.

Y el General prosiguió muy contento conversando, y no dándosele un bledo de si podria haber ó no gravedad en el estado de su esposa.

*
* * *

El delirio habia llegado á su apogeo. Los vinos generosos salian de sus cárceles de vidrio para embotellarse de nuevo en las carnes excitadas de aquellos cuerpos gastados, yendo á aumentar el fuego de su sangre en febril ebullicion. Las voces se hacian más trémulas, las miradas más dormidas, las manos más vacilantes para llevar las copas á los labios.

Los cantos obscenos de las artistas, desacordados, y á cada paso interrumpidos por brutales palmoteos ó groseras carcajadas, habian cesado ya: la ronque-

ra habia oprimido sus gargantas como una mano de hierro.

El General Maximino, haciendo un prodigioso esfuerzo, se levantó de la silla. Casi no podia ponerse en pié.

— Señores — exclamó con voz gangosa — : propongo que cada uno diga un brindis.

— ¡ Bravo ! — aullaron todos.

— Empezá vos, Maximino — dijo Téjos. — ¡ Eh ! ¡ silencio, ranas ! — agregó, viendo que los otros aplaudian indócilmente aún.

— Brindo . . . brindo . . . por mi gringa ! — exclamó el General ; y ya extenuado, dejó rodar la copa sobre el mantel volcando el vino, y á su vez rodó hasta el seno de su querida, donde imprimió un flojo beso mojado de Châmpagne.

Esta, con el cabello desgreñado, y el rostro empalidecido, salvo unas placas rojas en los pómulos, le contestó envolviéndolo en una sonrisa y una mirada de voluptuosidad, y oprimiéndolo con fuerza.

— Yo brindo por el futuro Presidente — dijo Téjos.

Un silencio de muertos acogió su brindis : todos sabian sus aspiraciones á suceder á Maximino y la viva oposicion que éste le hacia.

El General medio alzó la cabeza del seno de la Beloffini, y haciéndole á Téjos una guiñada picaresca, le dijo con tonito compadron :

— ¡ Dejáte e cantar, silguero !

Téjos no contestó, y se empinó la copa seriamente. Era fuerte el indio, y no se le notaba aún la borra-

chera. Su mirada solamente era la que estaba más felina que de costumbre.

Pollieni comprendió que había que borrar aquello, y se apresuró á variar de conversacion.

— Pues yo brindo, señores, por la prosperidad del ejército — exclamó.

— ¡ Ya lo creo ! — observó por lo bajo Ferrández á Bordenave. — Tanto daría brindar por la prosperidad de las proveedurías.

— Yo brindo por los magistrados honorables — dijo Vilarra.

— Yo, por la juventud incorruptible — dijo Nano.

— Yo por el pueblo contribuyente — dijo Ferrández.

— Yo por la exterminacion de los enemigos de nuestro ilustre jefe — dijo Balan.

— Yo por su sánchez - caballeramiento — dijo Miguel Suárez.

— Yo por la fraternidad del escalpelo y la espada — dijo Birán.

— Yo por la ciudadanía universal — dijo La Herpe.

— Yo por lo que Vds. quieran, con tal de que me lo paguen — dijo cínicamente Bordenave.

— Yo. . . yo soy muy bruto : más vale que me calle — dijo modestamente Bárras; y se empinó la copa en silencio y de sentado.

*
* * *

En este momento un ruido de carreras por el patio y pasos precipitados en direccion al comedor, llegó

hasta ellos. Dos ó tres mozos de servicio acudieron presurosos gritando á plena voz:

— ¡General, General! ¡La señora! ¡Ahí está!

— ¿Cómo, quién? — exclamó éste irguiéndose sorprendido.

— ¡Sí, la señora! Había dejado el carruaje á una distancia; y....

No pudieron decir más. La esposa ofendida, más pálida que de costumbre, casi lívida, apareció en el umbral, arrojando una mirada colérica de fuego sobre aquel espectáculo asqueroso de mujerzuelas en brazos de canallas, coronando la mesa su marido, que levantaba el rostro, embotado por el vino y el pelo desgreñado, del opulento seno de la actriz.

— ¡Miserable! ¡Depravado!... — Todo un vocabulario de insultos brotó como un torrente de los labios de aquella mujer, sin parar un solo instante, mientras que el cuerpo avanzaba como para despedazar la pareja entre sus manos.

— ¡No estaba enferma, no! ¡Lo hice para engañar á tus esbirros! ¡Abyecto, infame, crápula!...

El General en otras circunstancias le hubiera quizá plantado los cinco dedos en la cara sin escrúpulo; pero con la embriaguez tenía el espíritu y el cuerpo lasos; le dió por avergonzarse y asustarse; y ya casi disipados los vapores del vino como por encanto ante la inesperada impresion que habia experimentado al ser descubierto en infraganti orgía, se escurrió bonitamente á un lado, y haciéndole una

gambeta á su mujer, ganó la puerta, y lanzóse al patio.

— ¡ Mi carruaje ! — gritó.

— No está enganchado — respondió álguien del servicio.

— ¡ El carruaje del General ! — agregaron varias voces.

El General vió uno á la distancia, y una idea salvadora le ocurrió. Aquel carruaje era el de su esposa. Al mismo tiempo que se apoderaba de él para escapar, la dejaría sin poder seguirlo. Empezó la carrera hácia el carruaje, y metiéndose adentro apresuradamente, ordenó al cochero la vuelta á la ciudad á todo escape.

Cuando el vehículo se puso en movimiento, el General respiró ruidosamente, y hasta se dió á sonreír como un muchacho contento del buen fin de una travesura.

La esposa mientras tanto había cazado á su rival del pelo, y le daba con la otra mano de moquetes á su gusto, pues la artista, aún aturdida con el vino, no acertaba á defenderse.

Por fin los convidados, alzándose de las sillas bamboleando, pudieron apartarlas.

XII

¡ Y VA DE VINO !

Augusto, mientras tanto, se consumia de impaciencia y de fastidio. Desde la tarde del dia anterior, se habia mantenido casi constantemente de guardia en el almacen.

El dueño de éste era paisano suyo, milanés, y el jóven habia podido conversar á sus anchas con él, sacándole hábilmente todos los detalles de la relacion de Emilia con el General, y las peripecias domésticas de éste, cosas por otra parte que eran completamente del dominio público.

Por él tambien habia sabido que el niño no lo tenia la Beloffni en casa, sino al cuidado de una nodriza en las afueras de la ciudad, aunque sin poder precisarle el paraje fijamente.

No habian en un principio dejado de extrañar al almacenero sus preguntas, pero Augusto le habia dicho, y él se lo habia tragado, que era pariente de la Beloffni. Recien llegaba: era la única persona amiga que tenia en el país; le traia cartas de su familia; y naturalmente, estaba ansioso por verla.

Luego la Beloffini tendria muchas relaciones, y podria protegerlo haciéndole dar trabajo en alguna parte.

— ¡ Ya lo creo! — respondió el almacenero. — Si ella quiere, lo hace hacer aunque sea diputado, con que sólo se lo indique al General. Consigue de él lo que quiere.

Y se deshizo en elogios de la Beloffini. Su parienta era muy buena. Él le tenia una especie de veneracion. Cuando mandaba buscar algo al almacen, jamás regateaba precio: él pedia lo que queria, y era pagado religiosamente.

*
* * *

Era, como se sabe, la tarde del domingo: tarde hermosa de otoño; cielo sin nubes, aire trasparente, serenidad completa en la naturaleza.

Varios obreros, en traje de dia de fiesta, entraron en la trastienda y pidieron de beber.

Servidas que les fueron sus chiquitas, empezaron á tratar de política europea.

Augusto los entendia perfectamente: eran tambien italianos.

Gladstone, Bismark, Deprettis, Gortschakoff.... todos fueron juzgados y comentados concienzudamente. Las naciones europeas desfilaban en sus labios, variando de fronteras con una rapidez y una facilidad pasmosas. Ellos reunian los ejércitos, los

ponian en movimiento, los lanzaban á la lucha, firmaban la paz despues, y no hay que decir que los que salian triunfantes, ensanchando sus dominios en el mapa, como mancha de aceite en el papel, eran siempre los Italianos.

Augusto era buen patriota, y se entusiasmó. Dejó al almacenero en el mostrador, y pasó á la trastienda. Poco á poco se arrimó á los obreros, áribros al parecer de los destinos de la Europa entera, y por fin metió su cuchara en la conversacion. Dió una opinion acertada, deshaciendo un ejército austriaco en dos palabras, y se captó por completo las simpatias del grupo. Fué calurósamente convidado, y á las dos ó tres chiquitas, no hacia la guerra y la paz con ménos brío que sus compañeros.

Tres horas hacia ya que conmovian los pueblos, haciendo vacilar tronos y coronas, cuando sin darse cuenta y gradualmente, fueron ellos los que no pudieron ya tenerse muy firmes en su base. Chiquita tras chiquita, una damajuana de un infame líquido que el almacenero juraba ser vino directamente recibido por él del *bel paese*, habia sido agotada enteramente.

El que más el que ménos, todos estaban ya que no sabian que era lo que pasaba por la tierra que toda giraba así á su alrededor.

— ¡Aquellas, sí, son guerras! ¡Aquellos son paises! — dijo Augusto con voz no muy segura — ¡Aquellos son ejércitos! No éstos compuestos de cuatro gatos que hay aquí en América.

— ¿Y acaso aquí hay políticos? — observó uno —
Búsqüenme un hombre de Estado. Les doy un siglo
de plazo.

— ¡Qué va á haber! — exclamó otro — Desde el
Presidente á abajo, todos son una punta de animales.
¡Yo lo quisiera ver al General Maximino al lado de
Bismark!

— ¿Al lado de Bismark? — observó Augusto desde-
ñosamente — ¡Ni allado mio siquiera!

— ¡Ya lo creo! Es un imbécil.

— ¿Que no? — dijo el jóven, haciéndose el que
entendia qué lo habian contradecido — Yo se lo
probaré si quieren ahora mismo.

— ¡Á ver! ¡vamos á ver!

Augusto estaba ya en plena borrachera. Su rostro
estaba encendido, sus ojos turbios y chicos, su labio
inferior pendiente, dejando caer hasta el cuello un
grueso hilo de asquerosa baba, y todo su cuerpo va-
cilante y trémulo como un alambre puesto para
arriba en postura vertical.

— ¡Si, á ver! ¡oigamos eso!

— El General Maximino no se puede poner al lado
mio, porque yo le he dejado las sobras de una mujer.

— ¿Cómo?

— Sí: Emilia Beloffini ha sido y será mi querida
siempre que yo quiera. (Y Augusto se golpeaba el
pecho con orgullo) Yo la dejé, porque ya estaba
aburrido, y fué entónces que el General cargó con
ella.

Los borrachos acogieron en silencio sus palabras,

demostrando en sus semblantes un marcado aire de incredulidad.

—¿Creen Vds. que es mentira?— exclamó el jóven herido en su amor propio —¿Así no estuviera ella en el campo ahora! que la iba á buscar y la traía aquí mismo á tomar una chiquita con nosotros.

— Paisano : todo eso podrá ser cierto — dijo uno — ¿pero cómo decia Vd. hace un momento que recién habia llegado?

— Es que he estado aquí otra vez, pero de paso ; y donde yo la largué fué allá en Italia. Era una mujer que me fastidiaba á fuerza de quererme tanto.

A pesar de estas palabras, el aire de incredulidad no se borraba del rostro de los borrachos. Augusto se irritó. Dos ó tres interjecciones estallaron en sus labios indignados.

—¿Quieren ver cómo voy, y me meto como dueño en casa de ella?

—¡Á qué no! — objetaron todos —¿Y el soldado?

—¡Qué me importa del soldado! Le saco el machete, y me lo pongo yo.

—¡Á qué no! — volvieron todos á azuzarlo.

—¡Ya verán!

Augusto se empinó un último vaso, y echándose el sombrero para atrás, se dirigió á la puerta, agregando:

— Vds. miren de aquí. No se me muevan. No necesito ayuda.

Y haciendo eses á cada cual más sinuosa, avanzó resueltamente hácia la casa.

— ¡Bravo, paisano! — exclamaron los borrachos.

Augusto sintió redoblar su entusiasmo. Dió media vuelta, y enarbolando en alto su sombrero, prorrumpió en un estruendoso ¡*Viva Italia!*

— ¡Viva! — le contestaron todos á una voz.

El jóven llegó por fin hasta la puerta.

Ésta estaba cerrada. No sin bastante trabajo pudo asir el llamador, y dió con él descompasadamente unos cuantos golpes furibundos.

El soldado apareció.

— ¿No ha venido Emilia? — preguntóle el jóven — Dígame que aquí está Augusto Ponti, su querido — añadió insolentemente. — ¡A ver! ¡Dé paso! Porque sino.

No pudo continuar. Un empujon del negro lo hizo rodar al medio de la calle, y en seguida aquél, desnudando su machete, se le empezó á dormir en las costillas á planchazos.

— ¡Tomá, tomá! — le decta á cada golpe — ¡Yo te voy á quitar la mona!

— ¡Viva Italia! — seguía gritando Augusto imperterritito, como si él fuera el apaleador y no el apaleado.

Pero los otros, ó no estaban tan borrachos, ó eran más prudentes: ninguno contestaba, y permanecían á la misma distancia de ántes, contemplando sin decir oxe ni moxe el apaleamiento de su compatriota.

El negro estaba ya fuera de sí; su furor habia crecido á medida de los golpes; y no cesaba de darle con el machete. Si la aproximacion de un carruaje no se

hubiera hecho sentir, no lo hubiera dejado hasta matarlo.

El carruaje se detuvo á pocos pasos.

— ¡Qué es eso! — dijo una voz desde adentro.

Los curiosos empezaban á brotar de todas partes, como á la voz de un conjuro.

Una hermosa cabeza de mujer se asomó á la portezuela.

Augusto, con el traje hecho girones, y todo bañado en sangre, en el estado más digno de conmiseracion, se incorporó al verse libre del soldado, y dirigió una mirada muerta hácia el carruaje.

Un grito partió de éste, y otro de él. La mujer era Emilia Beloffini que volvía.

Los sentidos embotados de Augusto parecieron iluminarse un instante con un relámpago de serenidad, su mirada fué profunda como su pensamiento y alzando un brazo en direccion á ella, miéntras que con el otro sostenía su cuerpo ensangrentado, juntó todas sus fuerzas en una emision de voz para prorumpir en una maldicion, pero una ola de algo le subió rápidamente del estómago, y la palabra murió ahogada en un vómito asqueroso de bebida envuelta en bilis.

ÍNDICE

	<u>PÁJINA</u>
Advertencia imprescindible .	3
I—La gargantilla	5
II—La gargantilla (<i>continuacion</i>) .	11
III—Una mirada retrospectiva	19
IV—Conversion de un Otelo .	25
V—Una hija ejemplar .	33
VI—Segundo Bordenave.	39
VII—Traficantes	49
VIII—Amor en quiebra .	57
IX—La esposa ofendida.	61
X—Su Excelencia no recibe.	71
XI—Su Excelencia se divierte .	79
XII—¡Y va de vino!	93
